

EL HORROR INVISIBLE
KAREL STERLING
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


KAREL STERLING
EL HORROR INVISIBLE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES PRINCIPALES

Brent Sprague. Joven miembro de la «Science Police» y comandante de la expedición terrestre al planeta «Muerte».
Gwen Mayo. Prometida de Brent y periodista.
Jeff Ridbleton. Piloto de la mencionada expedición.
Ray Lemont. Bioquímico.
Piero Marcusse. Astrofísico.
Boris Fresnay. Inventor de las lentes de su nombre.
Sigurd Krögen. Joven noruego, de profesión periodista.
Trysil Björn. Esposa de Sigurd.

DEPOSITO LEGAL V —93 —1958

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTISTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

Puede pasar, señor Kenyon; el presidente le espera.

Kenyon Halj penetró en la amplia y severa sala de recepciones de H. L. Matson, presidente de la Confederación Mundial de Naciones. Era aquel individuo, de muy escasa talla, rostro ascético y ojillos perspicaces que aparentaba tener alrededor de los cuarenta años. Vestía descuidadamente y en sus manos portaba sendas carpetas repletas de papeles.

—Siéntese, Kenyon —invitó el presidente indicándole una butaca enfrentada a la suya—. ¿Cómo va el trabajo que le encomendé?

—Los peritos lo concluyeron esta misma mañana —replicó el visitante —le traigo una estadística completa con referencias a los cinco últimos años. Efectivamente puede observarse una desproporción, como diríamos... absurda. Sí, absurda, a menos que alguien demuestre lo contrario.

H. L. Matson, escrutó fijamente a Halj. El presidente era un hombre más joven todavía que su visitante. Sus facciones, de trazos excesivamente angulosos, revelaban al luchador nato. Llevaba el cráneo afeitado y sus ojos brillaban con la característica opacidad que proporciona el uso de los cristales

de contacto.

—Nadie está en condiciones de demostrar lo contrario, señor Halj —replicó—; nadie que habite este planeta, desde luego. Muéstreme los datos, por favor.

Kenyon sacó el contenido de las carpetas y lo distribuyó sobre la gran mesa de plástico transparente.

—He agrupado las conclusiones por distritos geográficos. A América le corresponde el mayor porcentaje.

El presidente ojeó brevemente los documentos. Luego volvió a mirar al profesor de Estadística.

—De acuerdo, Kenyon. Ha realizado usted una excelente labor. Quizá sea este el primer paso que nos conduzca a la salvación. De ahora en adelante me traerá diariamente un informe estadístico sobre los mismos apartados.

Kenyon se puso en pie. Su rostro sonrió tímidamente al preguntar:

—¿Cree..., cree usted, señor Presidente, que nos hallamos ante un peligro real?

Matson le devolvió la sonrisa.

—Me temo que sí —contestó—. Es indudable que el peligro existe; lo que no sabemos es de dónde procede ni cómo se resolverá. De todos modos, creo que no tardaremos demasiado tiempo en conocer su origen.

La tímida sonrisa del profesor se acentuó.

—Yo me he atrevido a pensar por mi propia cuenta, señor Presidente. Y me agradaría saber si usted y yo coincidimos.

—¿Qué ha deducido, Kenyon?

—Origen extraterrestre —fue la escueta contestación del hombrecillo.

Una expresión enigmática contrajo levemente las facciones del presidente.

—Estamos aún lejos de esas fantasías, Kenyon. Nadie aceptará semejante explicación. Sin embargo... usted y yo coincidimos.

El profesor sé esponjó orgulloso.

—Gracias, Presidente. Celebro que compartamos el mismo criterio. Es para mí un honor inmerecido...

—Nada de honores —atajó Matson—. No se puede hablar de honores cuando se trata de un descubrimiento catastrófico. Espero, no obstante, que ambos nos equivoquemos. Por el bien de la Humanidad...

Kenyon asintió un tanto avergonzado. Tras un balbuceo de excusa se ausentó del despacho.

H. L. Matson tocó un timbre y acto seguido se presentó un ordenanza.

—Dígale al mayor Sprague que pase —ordenó.

Instantes después, un joven de tez oscura y cabellos negrísimos hizo su aparición. Vestía el uniforme azul de la «Science Police» [1] con los distintivos dorados de su graduación. A través de su engañosa apariencia de delgadez se adivinaba la acerada fibra de sus músculos. E igualmente, cada uno de sus movimientos denotaba la elasticidad característica que da el entrenamiento cotidiano.

El presidente le indicó con un ademán que tomara asiento. Sprague lo hizo en la butaca que ocupara anteriormente el profesor Halj.

—Ya tenemos los datos, Sprague —comenzó Matson—. Examínelos y después dígame lo que piensa de ello.

Así lo hizo Sprague. Por un intervalo de quince minutos el silencio reinó en el despacho. Tan sólo se hacía notar el leve roce de las cuartillas en el rápido trasiego de las mismas.

Cuando terminó, Sprague levantó la vista. Tomó un cigarrillo de la pitillera que le ofrecía el presidente y se reclinó en el asiento. Sus negras pupilas fulguraban intensamente.

—Me siento incapaz de pensar —dijo al fin—. Es demasiado fantástico. Porque... usted no creerá en las casualidades.

—Nadie que tenga un adarme de sentido común. La cosa es mucho más complicada. Veamos el resumen: en el primer semestre del presente año, o sea hasta la semana pasada, se han producido mayor número de accidentes de toda índole que en el período que incluye los años 1960 y 1970. Solamente el índice de catástrofes aéreas señala el escalofriante porcentaje de un cinco por ciento de los vuelos realizados en el orbe. Han fallado experimentos atómicos, menudean las colisiones ferroviarias, saltan las presas hidráulicas, la ola de suicidios crece en proporciones epidémicas, arden por doquier las factorías, se producen robos inverosímiles. Y todo ello, bajo un denominador único: el atentado contra el sistema defensivo de cada nación. Siempre que sucede una catástrofe está más o menos relacionada con este aspecto.

—¿Me permite la lista otra vez? —pidió Sprague guiado por un presentimiento.

El presidente le alargó el resumen. Mientras el otro procedía a releerlo, su mirada recorrió despacio cada uno de los rasgos fisonómicos de aquel joven investigador considerado por él como el único capaz de intentar resolver el alucinante enigma. Sprague reunía dotes excepcionales; profundos conocimientos científicos, osadía, prudencia y lealtad a toda prueba. Todo ello unido a un temperamento aparentemente frío pero que, en realidad, encubría una personalidad quizá excesivamente fogosa.

Sprague devolvió la lista meneando negativamente la cabeza.

—No es lo que me figuraba —dijo un tanto descorazonado.

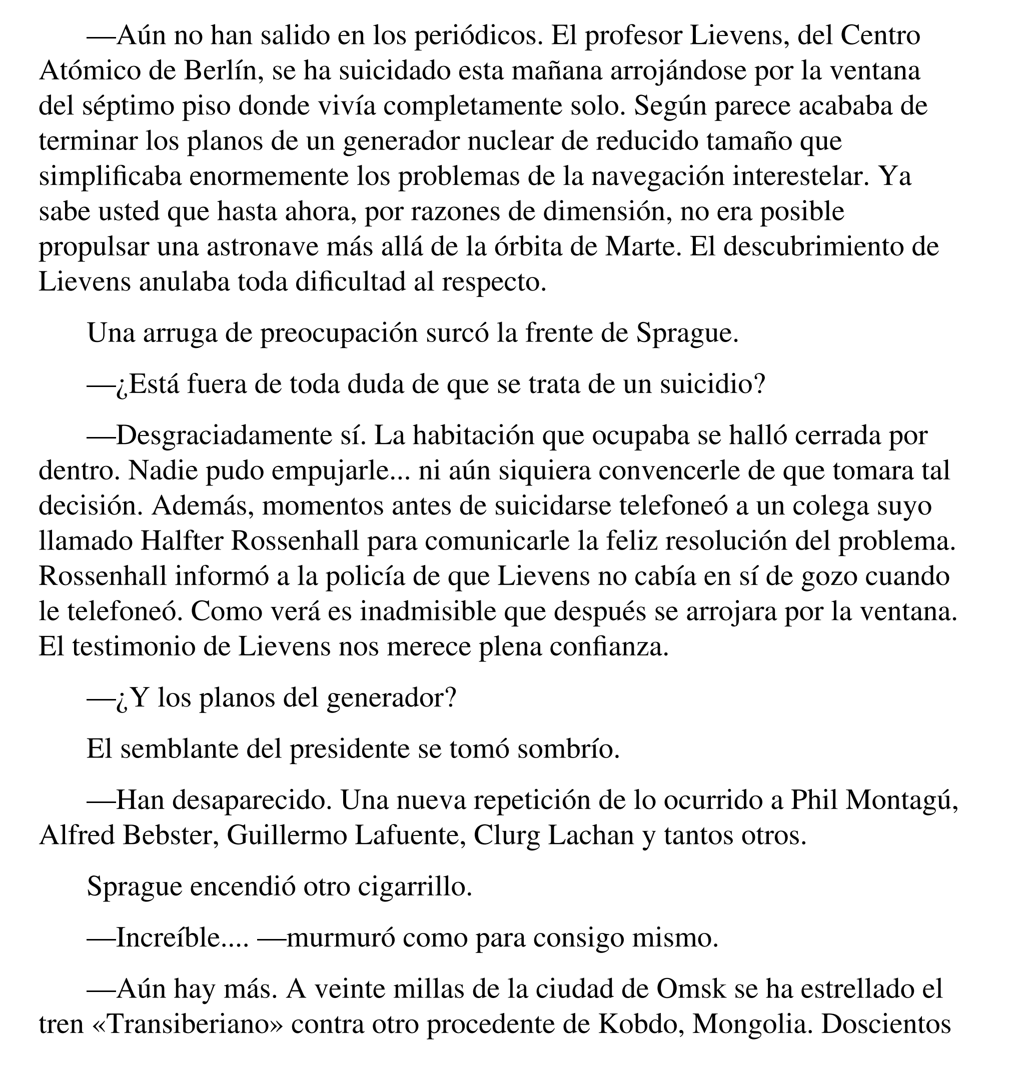
—¿Qué esperaba hallar?

—No sé... Algún indicio que permitiera sospechar la culpabilidad de una nación determinada. Pero todas han sufrido las mismas consecuencias de esta terrible ola de accidentes. No se libra absolutamente ninguna.

—Ya había recapacitado sobre la cuestión. No es por ahí donde debemos buscar. Es algo mucho más complejo y tenebroso; algo que rebasa los límites de lo inconcebible, algo que, de no hallamos en el siglo veinte, nos induciría a pensar en la brujería. ¿Conoce las últimas noticias?

Sprague volvió a negar con la cabeza.

—¿Noticias recientes? —indagó.



—Aún no han salido en los periódicos. El profesor Lievens, del Centro Atómico de Berlín, se ha suicidado esta mañana arrojándose por la ventana del séptimo piso donde vivía completamente solo. Según parece acababa de terminar los planos de un generador nuclear de reducido tamaño que simplificaba enormemente los problemas de la navegación interestelar. Ya sabe usted que hasta ahora, por razones de dimensión, no era posible propulsar una astronave más allá de la órbita de Marte. El descubrimiento de Lievens anulaba toda dificultad al respecto.

Una arruga de preocupación surcó la frente de Sprague.

—¿Está fuera de toda duda de que se trata de un suicidio?

—Desgraciadamente sí. La habitación que ocupaba se halló cerrada por dentro. Nadie pudo empujarle... ni aún siquiera convencerle de que tomara tal decisión. Además, momentos antes de suicidarse telefoneó a un colega suyo llamado Halfter Rossenhall para comunicarle la feliz resolución del problema. Rossenhall informó a la policía de que Lievens no cabía en sí de gozo cuando le telefoneó. Como verá es inadmisible que después se arrojara por la ventana. El testimonio de Lievens nos merece plena confianza.

—¿Y los planos del generador?

El semblante del presidente se tomó sombrío.

—Han desaparecido. Una nueva repetición de lo ocurrido a Phil Montagú, Alfred Bebster, Guillermo Lafuente, Clurg Lachan y tantos otros.

Sprague encendió otro cigarrillo.

—Increíble.... —murmuró como para consigo mismo.

—Aún hay más. A veinte millas de la ciudad de Omsk se ha estrellado el tren «Transiberiano» contra otro procedente de Kobdo, Mongolia. Doscientos

muertos y más del doble de heridos. Entre los primeros se encontraba el general Akmolinsch, uno de los mejores estrategas asiáticos, y gran amigo de los países americanos.

—¿Se sabe la causa del accidente?

Matson sonrió irónico.

—Lo poco que se sabe es desconcertante. Las señales desde las estaciones respectivas fueron dadas en regla, funcionaron los pasos a nivel, los controles electrónicos no acusaron el menor fallo. Sin embargo, el maquinista del «Transiberiano» tomó una bifurcación equivocada y se produjo la catástrofe. El conductor era el más veterano de la compañía y había efectuado el recorrido cientos de veces. Absurdo, Sprague, totalmente absurdo. Por el motivo que fuere, el general Akmolinsch debía morir...

—Pudo salvarse —objetó Sprague—. Esa clase de atentados, si es que lo fue, reúne escasas seguridades. Más fácil habría sido dispararle un tiro...

—Ahí voy a parar —se adelantó el Presidente—. El cadáver del general fue hallado con un balazo en el corazón.

Sprague dió un respingo.

—¡Alguien se aprovechó de la confusión! —exclamó.

Matson sonrió con aire de tolerancia.

—La bala procedía de su propio revólver; el revólver se hallaba en la sobaquera y las únicas huellas dactilares que se encontraron eran las del general. Además, la funda del arma estaba cerrada, o sea, que aparentemente el gatillo se apretó solo.

Sprague enarcó las cejas aturdido.

—No lo comprendo —dijo—. Debe existir algún error.

—Mi querido amigo Sprague; hay que aceptar la realidad de los hechos y sacar conclusiones satisfactorias. No basar en casualidades ni errores lo que salta a simple vista. Todo el mundo está enfrentado a un enemigo común, de desconocida índole pero de evidente eficacia atacante. Hace un momento el profesor Kenyon Halj, autor de estas estadísticas, me hizo una sugerencia que quizá nos dé la clave del misterio.

—Imagino la sugerencia. Una nación que trata de imperar sobre el orbe y para ello provoca el pánico colectivo al mismo tiempo que elimina a las capacidades más notables de todos los países: militares, estadistas, científicos e incluso hombres de paz. Sembrando el recelo universal tarde o temprano saltará la primera chispa bélica con el consiguiente beneficio para ese enigmático enemigo.

Una sonrisa escéptica apareció en las comisuras de los labios del

presidente.

—¿Y qué formidable nación podría desarrollar un tan gigantesco plan destructivo? ¿Y qué sistema de espionaje utiliza para no fallar jamás el golpe?

—Asia —La contestación de Sprague fue contundente.

—¡Siempre Asia! —El presidente comenzó a dar muestras de impaciencia —. El enemigo amarillo, el avasallador empuje de las huestes descendientes del Genghis Kan, el desquite racial de un aplastamiento que ha durado cientos de años... ¡Tonterías, Sprague! Utilice a fondo el cerebro y razone punto por punto sobre cada uno de los apartados de ese informe.

Sprague palideció imperceptiblemente ante la reconvención del Presidente. No tenía la menor idea de dónde quería ir a parar y su desconcierto crecía por instantes.

—Déme tiempo para pensarlo, señor Presidente —dijo—. En realidad apenas he podido estudiar el informe.

—Yo le abreviaré la tarea. Nos hallamos frente a un enemigo invisible en toda la acepción de la palabra. ¿Es cierto o no?

—Aparentemente es cierto —concedió Sprague.

El presidente echó el cuerpo hacia atrás y entornó los ojos.

—Pues bien: un enemigo invisible, o mejor dicho, una organización invisible tan poderosa, tiene que proceder forzosamente de fuera de nuestro planeta. No le dé más vueltas, Sprague. Tarde o temprano tenía que suceder. Y ya ha sucedido... Por eso le he llamado. Usted es el hombre que mejor puede desempeñar una labor investigadora de tal envergadura. Hay que luchar contra ese invasor, sorprenderle de la forma que sea, trazar los planes de defensa y aniquilarle. Pondré a su disposición todos los recursos que sean necesarios sin el menor regateo económico Nada nos importa la pasividad de los demás continentes; América será la primera en lanzarse a la batalla y Dios quiera que podamos entablarla. Su misión será estrictamente secreta y los resultados deberá comunicármelos directamente a mí...

En aquel instante sonó el teléfono. El presidente Matson descolgó el auricular con ademán distraído. Conforme se prolongaba la conversación las facciones de Matson fueron endureciéndose hasta formar una máscara de impenetrabilidad. Sus respuestas se redujeron a simples monosílabos de asentimiento. Cuando colgó nuevamente el auricular sus grises pupilas despedían fulgores metálicos.

—Otra nueva víctima del horror invisible —anunció sin mover apenas los labios—. En el cruce de la Calle 31 con la Avenida de Lexington un autobús ha arrollado al profesor Kenyon Halj. Muerto instantáneamente. Un transeúnte que observó el atropello afirma que Halj se detuvo para dejar paso

al vehículo, pero que de pronto pareció como si alguien le empujara. Dando la sensación de ser arrastrado a viva fuerza, el profesor cayó bajo las ruedas. Y lo extraño del caso es que nadie había a su alrededor en quince yardas a la redonda. La próxima vez puede tocarme a mí... o a usted.

CAPÍTULO II

Porque sonidos y ultrasonidos son en el fondo una misma cosa: al propagarse una onda sonora, cada porción de aire alcanzada por ella, se comprime y se expande alternativamente, como sucede con el gas encerrado en el cilindro de un motor Diesel. Al expandirse una porción, comprime a la que le sigue, que reacciona a su vez como un resorte, y así, de porción en porción, se va trasladando la vibración hasta impresionar nuestros tímpanos y convertirse en sensaciones. Pero cuando este ciclo de compresión y descompresión se repite más de 20.000 veces por segundo, nuestro oído es incapaz de percibirlo, y lo que al hombre puede parecerle silencioso, es en realidad ultrasonido. Sin embargo, los ultrasonidos saben cómo hacerse notar, aunque no hagan ruido. Transportan energía a raudales: se calcula que un hombre normal debería hablar durante 150 años sin interrupción para producir energía sonora suficiente para hervir el agua de una taza corriente. En cambio, un huevo sumergido en agua atravesada por ultrasonidos, queda completamente cocido al cabo de cinco segundos».

»Otro tanto sucede con los colores. La Ciencia y el Arte, cada una a su manera, buscan en la multiplicidad aparente de la Naturaleza la unidad recóndita. El color, como tal, es una creación subjetiva: ni está en las cosas (mundo exterior) ni en el agente intermediario (ondas transmisoras). La diferencia esencial entre un «color físico» y un «color artístico» puede establecerse con esta sola descripción: el «color físico» tiene su expresión en un número, o acaso dos, relativos a la longitud de onda o intensidad, tanto como el «valor absoluto» de la superficie que cubre e ilumina...»

»...la teoría de la visión no está suficientemente aclarada. Desde luego, son las ondas luminosas las que estimulan los conos y bastones de la retina y desencadenan las reacciones fotoquímicas de que se habla en Fisiología. Pero la sensación depende, además, de la llamada púrpura visual de las células sensoriales. No existe, en general, una correspondencia biunívoca entre el excitante y el color sentido. Este, tanto puede resultar de una sola longitud de onda como de varias distintas simultáneas y nuestro ojo es incapaz de discernir las diferencias en las causas que lo producen. Se deduce de ello, teóricamente, que por medio de superposiciones y yuxtaposiciones de los tres colores fundamentales (rojo, verde y azul) vinculadas a una onda de bajísima frecuencia, el cerebro es susceptible de engaño. Y aquí viene lo verdaderamente interesante de la «ley psicofísica» relativa al «umbral de la sensación»: los ultrasonidos no se oyen; las ultravisiones pueden no verse».

»...e igual que el silencio está saturado de sonidos que no somos capaces de captar, lo que se nos antoja el vacío puede hallarse ocupado por objetos o entes invisibles a nuestra vista. En esta última causa puede estar basado el ancestral temor de la Humanidad a lo que llamamos espíritus o fantasmas. Los presentimientos de la mente, la práctica de la magia negra y las premoniciones quizá se atengan a unas leyes físicas, perfectamente regulables, que todavía desconocemos...»

Brent Sprague cerró el manual de física y se recostó en el sillón giratorio. Sus reflexiones sobre lo que acababa de leer le entretuvieron durante más de una hora. Sentíase preocupado en extremo. De ser cierta la suposición de Matson sobre un enemigo invisible, el peligro que ello acarrearía a la Tierra era de índole puramente imprevisible. Las armas clásicas de guerra no servirían para nada y lo mismo sucedería con la estrategia. La Humanidad se hallaba prácticamente indefensa para afrontar los ataques del misterioso invasor. Su procedencia y fines que lo animaban constituían un complejo jeroglífico que quizá nadie lograse descifrar.

Y si la situación era alarmante para cualquier ciudadano del mundo, para él, Brent Sprague, comandante de la «Science Police», era sencillamente catastrófica. El presente cometido suyo era indagar, sacar resultados positivos, descubrir al enemigo e iniciar la lucha. Un honor que él consideraba inmerecido y erizado de terribles dificultades.

¡Un enemigo invisible y extraterreno! Al pensar en esto un escalofrío supersticioso recorrió la espalda a Sprague. A lo largo de su breve pero experimentada existencia, su caudal de conocimientos extraterrenos había alcanzado la cima máxima. Entre las hazañas llevadas a cabo en el desempeño de su cargo se contaban las expediciones de exploración al satélite Luna y a los planetas Venus y Marte, únicos astros hollados por los pies del hombre. Cinco años habían transcurrido desde su primer viaje al satélite y tres y dos a los respectivos planetas. Mundos yermos, desolados y faltos de vida organizada. Ni el menor atisbo de supervivencia vegetal o animal, ni siquiera residuos de haber existido jamás. Solamente rocas, desiertos de ceniza y formaciones minerales. La decepción de los investigadores fue aplastante. Todas las teorías relativas al origen de los platillos volantes, todas las fantásticas elucubraciones de los escritores pseudocientíficos se derrumbaron estrepitosamente en los primeros contactos estelares. La eterna ilusión de los pueblos terrestres concerniente al hallazgo de nuevos semejantes más allá de las fronteras conocidas quedó cercenada por la cruda realidad.

Y cuando las viejas ideas yacían arrinconadas en lo más recóndito de cada cerebro, H. L. Matson, presidente de la Confederación Mundial de Naciones, se aferraba nuevamente a ellas para tratar de dar una explicación acerca del cataclismo que se cernía sobre la Tierra.

Brent Sprague se resistía a creerlo. Era demasiado absurdo para aceptarlo

sin una base más sólida que la mera sospecha.

Encendió un cigarrillo. A través de la nube de humo exhalada por su boca contempló distraído la perspectiva de su despacho. Era éste uno de tantos compartimientos del cuartel general de la «Science Police» en Chicago. Pequeño y severamente decorado, contenía sin embargo, todo cuanto en su labor investigadora pudiera necesitar. Frente a él se hallaba el archivo de microfilms constituido por innumerables y diminutas estanterías alineadas a lo largo de la pared principal; a su izquierda, y separado por un biombo traslúcido, estaba el laboratorio. Y a la derecha, ocupando un testero completo, había lo que Brent denominaba su «arsenal histórico»: una colección de armas que comprendía desde el anacrónico «Colt 45» hasta el más reciente «paralizador Yale», pasando por el rifle «Winchester», los revólveres «Luger», la ametralladora portátil «Hotchkiss», la «Thompson», la bomba de piña «Nike», la pistola atómica «Vance», la granada de lenta radiación «Massa» y otros numerosos artefactos mortíferos.

Brent se dijo humorísticamente que con semejante arsenal al alcance de su mano bien podía considerarse a salvo de cualquier enemigo visible o invisible.

Sonó la llamada del televisor. Brent oprimió uno de los conmutadores del complicado cuadro adosado a su mesa. Se iluminó una pequeña pantalla combinada con un cenicero de jade. En el rectángulo plástico apareció un hermoso rostro de mujer.

—Hola, Gwen —saludó él cordialmente—. Ya comenzaba a estar impaciente. ¿Cómo te ha ido el día?

—No tan bien como a ti querido—. Las suaves y graciosas facciones de la joven adoptaron una expresión de enfado—. ¿Dónde te metiste esta mañana? Te esperé más de media hora en el «Sway Dagon».

Sprague puso un gesto de sobresalto. Ahora se acordaba de su diaria cita con Gwendolyn Mayo. Las preocupaciones derivadas de su entrevista con H. L. Matson le abstrajeron hasta el punto de olvidar las demás obligaciones.

—Perdóname, Gwen —se excusó sonriendo—. Tuve otras cosas que hacer. ¿Puedo ir a verte ahora mismo? Nos iremos a bailar a cualquier club de las afueras...

La pantalla se apagó repentinamente. Brent Sprague creyó al pronto que su prometida había cortado la conexión impulsada por el despecho. Pero casualmente se fijó en que el interruptor se hallaba cerrado. Un tanto intrigado lo volvió a su sitio. La imagen reapareció en el cuadrado luminoso.

—Se ha cortado la comunicación —dijo Brent. Te preguntaba antes si querías que saliéramos juntos a cenar. Estoy ahora libre de trabajo...

Nuevamente se apagó la pantalla. Brent dejó escapar una exclamación de disgusto. Aquel maldito interruptor debía estar estropeado. Intentó

manipularlo otra vez pero algo que vió le heló la sangre en las venas.

Uno de los revólveres que figuraban en la colección de armas se estaba moviendo incomprensiblemente en la metálica percha que lo sostenía.

Muy lentamente se despegó de la pared y quedó flotando en el aire con el cañón apuntando a la cabeza de Sprague a menos de tres yardas de distancia.

La alucinante visión paralizó durante unos instantes la actividad mental del joven. Pero casi inmediatamente recuperó el control de los sentidos. «¡El horror invisible!» —exclamó aterrado para sus adentros.

La pistola siguió avanzando en el aire lentamente. Ya estaba a poco más de una yarda de distancia. De un momento a otro sonaría el disparo. No había defensa posible. O, tal vez, sí...

Sprague apretó un botón y el despacho quedó sumido en las tinieblas. Simultáneamente se dejó caer al suelo. Sonó una detonación. La bala pasó silbando a una pulgada de su cabeza.

Deslizándose a gatas por debajo de la mesa intentó alcanzar la puerta. A mitad de su recorrido un pensamiento alentador caló en su cerebro. Acababa de recordar que todas las armas de su «arsenal histórico» estaban cargadas con una sola munición a fin de que la recámara no se enmoheciese por el paso del aire. ¡Una sola bala había, pues, en la pistola de su impalpable atacante!

Aliviado por este descubrimiento, Brent se puso en pie. Pero al dar un paso sintió en su hombro un terrible golpe que le hizo tambalearse. Instintivamente disparó a ciegas su puñal derecho. El impacto se perdió en una masa blanda, algodonosa y de desconocida magnitud. Una repulsión sin límites se apoderó de él. Cegado por el pánico, franqueó la distancia que le separaba de la puerta, abrió ésta y salió al corredor cerrándola de golpe.

Se limpió el sudor que perlaba su frente. En aquel momento dos policías aparecieron en el recodo del pasillo.

—¿Le ha ocurrido algo? —inquirió uno de ellos—. Hemos oído un tiro en su despacho.

—¡Guarden esta salida y disparen contra lo que salga por la puerta! —ordenó Brent—. ¡Recuérdenlo bien, disparen contra lo que sea aunque ustedes no lo vean!

Sin dar tiempo a los atónitos policías a pedir más explicaciones, Sprague echó a correr en dirección a uno de los despachos situados al fondo del corredor. Entró sin previo aviso.

El hombre grueso y calvo que se hallaba mirando a la calle a través de la vidriera se giró con evidente sobresalto. Sus abultadas facciones se contrajeron en un gesto de perplejidad ante tan inesperada visita.

—¿Qué hay, Sprague? —preguntó—. ¿Estás enfermo?

—¡Qué enfermo ni que diablos! —contestó el joven—. ¡Acabo de salir del apuro más grande de mi vida! Una bala ha pasado rozándome la cabeza... Te aseguro, Kylmer, que se me han puesto los pelos de punta.

Rod Kylmer, capitán del departamento bioquímico, se le acercó escrutándole con curiosidad

—Una bala ha pasado rozándote la cabeza —repitió lentamente—. Creo recordar que en otras ocasiones has pasado por trances semejantes. Explícate con mayor claridad, por favor.

Brent volvió a secarse la frente.

—Tendré que comenzar desde el principio —dijo—. Se trata de ese asunto nuevo, del «horror invisible». No son imaginaciones del presidente Matson. Esta vez he sido yo la víctima escogida. Solo que fui más listo que «ellos». Me llamó hace unos minutos Gwen, mi prometida...

Sprague hizo un detallado relato de su odisea. El primitivo gesto escéptico de Kylmer fue transformándose paulatinamente en una expresión de interés concentrado.

—¿Y dices que «esa cosa» la has encerrado en tu despacho? —preguntó el capitán acariciándose la barbilla pensativamente—. ¿Dejaste cerradas las ventanas?

Sprague asintió.

—A menos que sea capaz de atravesar los muros debe estar allí todavía. Tenemos una magnífica ocasión para desenmascararle. ¿Verdad que parece increíble, Kylmer? ¿Nos estaremos volviendo locos y será todo un producto de la fantasía? ¿No habré padecido una alucinación y habré disparado yo mismo el revólver?... ¡Oh, Kylmer, mírame bien! ¿Tengo cara de lunático?

—Sí. —Kylmer volvió a rascarse la barbilla—. Tienes cara de haber soñado una pesadilla. ¿Quieres desabrocharte la camisa para enseñarme la señal del golpe que recibiste en el hombro?

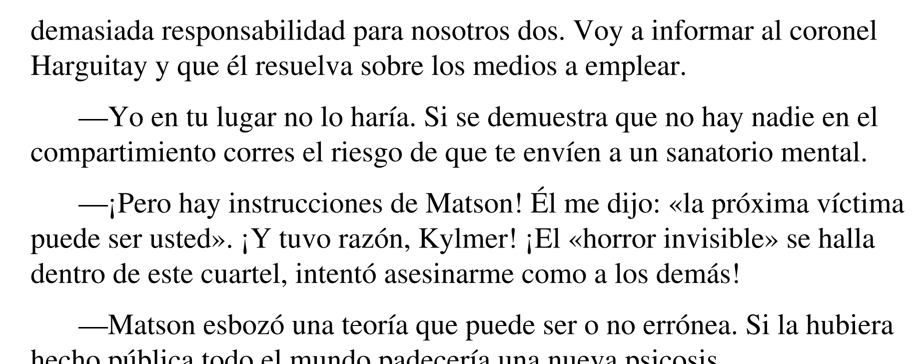
Sprague obedeció. En su morena epidermis se apreciaba claramente la huella de un formidable culatazo.

Cada vez más intrigado, Kylmer examinó la contusión a través de una lente amplificadora.

—La dirección de las estrías indica que te atacaron por la espalda —declaró—. Luego, no pudiste ser tú... ¡Vamos inmediatamente a tu despacho!

Brent se abrochó la camisa.

—Un momento, Kylmer —demandó con expresión cautelosa—. Es



demasiada responsabilidad para nosotros dos. Voy a informar al coronel Harguitay y que él resuelva sobre los medios a emplear.

—Yo en tu lugar no lo haría. Si se demuestra que no hay nadie en el compartimiento corres el riesgo de que te envíen a un sanatorio mental.

—¡Pero hay instrucciones de Matson! Él me dijo: «la próxima víctima puede ser usted». ¡Y tuvo razón, Kylmer! ¡El «horror invisible» se halla dentro de este cuartel, intentó asesinarme como a los demás!

—Matson esbozó una teoría que puede ser o no errónea. Si la hubiera hecho pública todo el mundo padecería una nueva psicosis...

—¿Insinúas que yo la padezco? Escucha, amigo: este golpe que acabas de ver me lo dio alguien; alguien de carne y hueso con más inteligencia que tú y yo. No te discutiré que proceda de otro planeta, pero me apuesto el cuello a que existe.

—De todos modos, insisto en que seamos nosotros los que actuemos. Déjame pensar cómo podríamos apresarle.

Sprague se dio una palmada en la frente.

—¡Ya lo tengo! —exclamó excitado—. ¡Rociaremos a ese ser con pintura adhesiva!... ¡Conoceremos su forma y dimensiones! ¡Deprisa, Kylmer!...

Cinco minutos más tarde, los dos oficiales de la «Science Police» llegaban a la puerta del despacho portando una pequeña manguera y un depósito extintor de incendios conteniendo esmalte rojo.

—¿No se ha abierto la puerta? —preguntó Sprague a uno de los agentes que componían la guardia.

—No... es decir, sí, señor —replicó aquél un tanto confuso—. Su novia vino a buscarle. La dejamos entrar...

—¡Idiotas! —increpó Brent fuera de sí—. ¡Os ordené que no dejárais salir a nadie!

—Nadie ha salido, señor —objetó el agente cada vez más sorprendido—. Su novia está ahí dentro. Usted nada advirtió en ese sentido.

—¡Santo Dios! —gimió Sprague—. ¡Buena la hemos hecho ahora!...

En ese instante sonó estridente un agudo chillido de mujer. El acento desgarrado del mismo contenía tal dosis de terror que sacudió a los presentes como si hubieran sufrido una descarga eléctrica:

Preso de la angustia, Sprague abrió la puerta.

—¡Cuidado, Brent! —exclamó Kylmer desenfundando su «paralizador»—. ¡Domina los nervios antes de entrar!

Pero Brent Sprague no le hizo caso. Abierta la puerta penetró en la habitación como una tromba.

El corazón le dio un vuelco al presenciar la horrenda escena. Sólo realizando un sobrehumano esfuerzo de voluntad pudo evitar que el espanto se sobrepusiera al sentido profesional de la defensa.

Con pulso vacilante esgrimió su «paralizador» y disparó una y otra vez hasta agotar la mortífera carga.

CAPÍTULO III

Veinticuatro horas antes de que H. L. Matson expusiera por vez primera su arriesgada teoría, Pierre Duval, experto gravitometrista, era llamado urgentemente al laboratorio del profesor Fresnay.

Tras de sortear dificultosamente el incesante tráfico de las calles parisinas, Duval llegó puntual a la cita.

—Perdone que le haya interrumpido en sus quehaceres, querido amigo —saludó el profesor Fresnay—. Necesito su ayuda en un trabajo que hará tambalear los cimientos del mundo. Siéntese por favor.

Pierre Duval, joven y apuesto ayudante técnico del observatorio astronómico de París se acomodó en una butaca frente al profesor.

—Ha conseguido intrigarme, señor Fresnay —dijo sonriendo levemente—. ¿Qué clase de revolución vamos a organizar entre usted y yo?

Boris Fresnay apartó un legajo de cuartillas que tenía ante sí y se acodó en la mesa. Era un hombre de avanzada edad, ojos azules y nariz aguileña. Aunque delgado en extremo, su viveza de movimientos denotaba una vitalidad extraordinaria.

—Nada de revoluciones —contestó irónico—. Vamos a ver, Duval: se da por cierto que la Tierra sufre de pequeñas perturbaciones al girar en su órbita alrededor del Sol y otro tanto le ocurre en su movimiento de rotación. Por la índole de mi especialización desconozco con exactitud los datos referentes a tales variaciones. ¿Podría usted decirme si este fenómeno es completamente natural y está regulado por leyes matemáticas o por el contrario existe alguna duda acerca de su origen?

—La desviación en la trayectoria de la Tierra está explicada en parte, y fíjese bien que digo: en «parte», por las atracciones de otros cuerpos astrales pertenecientes a nuestro sistema solar. Sin embargo, hay un pequeño margen de diferencias que se aparta de las clásicas leyes de Kepler. Pese a que la gravitación es una ley universal, válida lo mismo para las lejanas galaxias que para el interior del átomo, se observa con demasiada frecuencia la intervención de otras fuerzas que todavía desconocemos. Y esto es lo que sucede con la Tierra. Le referiré algunas de las teorías que...

—No vayamos tan de prisa, Duval —interrumpió el profesor Fresnay—. Prefiero que antes me conteste a otra pregunta: ¿Cabe dentro de lo posible que las irregularidades de la órbita terrestre se deban a la existencia de un planeta o planetoide cercano a nuestro mundo y que hasta la fecha no haya sido observado?

Duval sonrió escéptico.

—Me temo que no. Nuestro sistema solar está explorado con tal minuciosidad que no permite la menor duda al respecto.

Fresnay no se dio por vencido.

—Leverrier descubrió por cálculo el planeta Neptuno —dijo—. Usted sabe mejor que yo que basó sus investigaciones en la discusión ponderada de las perturbaciones registradas en el movimiento de Urano. Cuando apuntó con su telescopio al punto del firmamento en que. según sus cálculos debería hallarse, Neptuno apareció a la vista por primera vez.

—También las perturbaciones de la Tierra han sido calculadas —objetó Duval—. Y el punto escogido del firmamento apareció tan desierto como un témpano flotante.

—¿Y si el planeta fuera invisible?

Duval enarcó la cejas perplejo.

—Entonces, mi querido amigo, sería posible todo —contestó—. Perdone la libertad, pero esa es una suposición infantil e inadmisible desde el punto de vista científico...

—E impropia de mí —completó Fresnay sonriente—. Bien, ahora le toca a usted escuchar. Dando por sentado que la proximidad de un planeta invisible podría ser la causa de las mencionadas perturbaciones, debe admitirse igualmente que sus habitantes, si los hay, serán invisibles también.

La irónica sonrisa de Duval se acentuó.

—Me parece, profesor; que su trabajo de los últimos meses ha debido ser extenuador.

—En efecto —replicó Fresnay—; extenuador y altamente satisfactorio.

He descubierto que pueden existir objetos y seres invisibles en el Universo. En la Tierra lo más aproximado a la invisibilidad es la transparencia. Hoy se sabe que la transparencia se debe a los electrones giratorios de sus átomos consecutivos, que tienen un gran número de sus circuitos en el mismo plano. Tampoco se ignora que la materia está compuesta de repetidos trazos, velocísimos, partículas prácticamente incorpóreas, que forman un todo palpable. La agrupación de dichos trazos en un solo plano permite que entre los núcleos atómicos pase la luz. Ya de por sí esto significa la transparencia en mayor o menor grado. Ahora bien, si los electrones giratorios fueran impulsados por una fuerza desconocida a ocupar un nuevo plano de rotación, el electrón tendería, según las leyes de Newton, a conservar de forma inmutable y eterna tal plano de movimiento. Observe usted, por ejemplo, ese cenicero de bronce y suponga que por sucesivas aplicaciones de rayos X sus electrones girasen en sólo dos planos. A eso le llamo yo «polarización electromagnética». El resultado sería que el cenicero sería infinitamente más transparente que todo lo conocido en el Universo y por tanto nadie podría apreciar la menor diferencia entre su materia metálica y el medio ambiente que lo rodea. Usted y yo no veríamos el cenicero a simple vista; sus electrones girando en sólo dos planos no permiten formar la tupida red de trazos necesaria para excluir los fenómenos de la luz. O sea, que la luz pasa a través y entre las órbitas paralelas de los electrones haciendo posible la invisibilidad del objeto. ¿Ha comprendido, Duval?

—En sí la teoría no es complicada —contestó el joven—. Es igual que otras muchísimas teorías prácticamente irrealizables.

—Sí, ¿eh? —Fresnay puso el dedo índice sobre un botón que sobresalía a la izquierda de un aparato de rayos X—. Pues fíjese bien, que va a presenciar el milagro. Observe el cenicero.

Por instantes más intrigado, Pierre Duval fijó su mirada en el objeto señalado. ¡Y el milagro se realizó!

Paulatinamente el cenicero fue perdiendo el color, disminuyendo sus reflejos broncíneos hasta convertirse finalmente en un círculo transparente que pareció flotar sobre la mesa. Luego la transparencia se convirtió en invisibilidad y la negra superficie de la mesa quedó limpia de todo rasgo metálico.

—¡Ahí lo tiene usted! —exclamó Fresnay—. ¡Los electrones girando en dos planos! Alargue la mano e intente tocar el cenicero.

Estupefacto, Duval extendió los dedos en el lugar que anteriormente ocupara el cenicero ¡y lo tocó!... Sintió los bordes y su curvatura como si no hubiera dejado de existir.

—¡Es cierto, profesor! —gritó exaltado—. ¡Es cierto o estoy soñando!...

El profesor extrajo unas gafas del cajón de su mesa.

—Póngaselas y mire a través de ellas —ordenó a Duval entregándoselas.

Duval obedeció. Nuevamente se asombró al ver reaparecer el cenicero. Después de quitárselas se frotó los ojos.

—Cómo lo ha conseguido, profesor? —inquirió.

Fresnay esbozó una sonrisa sardónica.

—Ese es el fruto de quince años de labor ininterrumpida. Usted no lo comprendería en cinco minutos ni tal vez en cinco semanas. Solamente he querido demostrarle la evidencia de mi descubrimiento y tratar de aplicar éste a algo que me viene preocupando desde el principio de año. Yo he conseguido hacer de un objeto visible uno invisible. ¿Qué razón hay para no creer que en algún lugar del Universo o de nuestro sistema solar existen cuerpos dotados naturalmente de tal propiedad? Un planeta, por ejemplo...

—No comprendo dónde quiere ir a parar —manifestó el joven adoptando una actitud expectante.

—¿Cuánto tiempo tardaría usted en resolver los cálculos que nos facilitaran el punto exacto en que se halla un astro imaginario capaz de producir las perturbaciones terrestres?

—Un minuto aproximadamente utilizando la calculadora «Wolstein».

El profesor Fresnay se puso en pie.

—¡Vamos al observatorio astronómico! —decidió impulsivamente. Y tomando un maletín de sobre la mesa añadió—: Llevaremos cinco juegos de lentes para aplicar a los telescopios. Usted, amigo, va a ser testigo del más importante acontecimiento universal de todos los tiempos.

—No abrigue tantas esperanzas, Fresnay —disuadió Duval medio en broma, medio en serio—. Un planeta no es un cenicero...

* * *

—Nadie nos molestará en esta sala —dijo Duval invitando al profesor a entrar en uno de los departamentos del observatorio—. ¿Le parece suficiente este telescopio?

Fresnay examinó detenidamente la inmensa cúpula que se alzaba ante sus ojos. Parecía estar poseído por una gran excitación.

—Usted lo sabrá mejor que yo —respondió al cabo de unos instantes—. No entiendo nada de estos mecanismos. Sólo veo ruedas, contrapesos, tornillos y lentes.

—El manejo es muy sencillo —explicó Duval—; Ya tenemos los cálculos

necesarios; ahora únicamente resta consultar en las tablas la posición del objeto que buscamos. Girando después el anteojo en dos distintas direcciones, los indicadores unidos al mismo señalarán el punto exacto sobre aquellos círculos graduados. Abriendo luego la cúpula, el objeto celeste aparecerá en el campo visual del anteojo.

—¿Qué potencia desarrolla este telescopio? —quiso saber Fresnay cada vez más interesado.

—No mucha, comparada con el de Beiruth que es el mayor del mundo. El espejo tiene 302 centímetros de diámetro y la distancia focal es de quince metros, aunque ésta se puede variar para determinados fines.

Fresnay abrió su maletín y sacó las cinco lentes circulares que contenía.

—Tendrá que aplicar la mayor —dijo—. Esperemos que sirva de algo...

Duval las tomó con sumo cuidado.

—¿Las fabricó usted?

El profesor asintió complacido.

—Con arreglo a una fórmula secreta. Si yo muriese es posible que transcurrieran cien años sin que nadie hallara dicha fórmula.

—Pero la tendrá registrada en algún lugar, ¿no es cierto?

Fresnay se llevó un índice a la cabeza.

—Este es el lugar en que está registrada, mi querido amigo. Es un secreto demasiado valioso para que caiga en manos de cualquier especulador científico. Si nuestras observaciones aportan el fin deseado pondré la fórmula en poder del Presidente Matson.

—Manos a la obra, pues —decidió Duval impaciente—. Ayúdeme a ajustar la lente.

Cinco minutos después era descorrida la abertura de la cúpula. Con toda solemnidad, Duval se apartó del visor.

—A usted le toca primero, profesor —dijo—. Si hay descubrimiento la gloria le corresponde por entero.

Presa de un irreprimible nervosismo, Boris Fresnay se aproximó al visor. Durante cinco interminables segundos permaneció inmóvil en la misma postura. Y de pronto se volvió con los ojos brillantes como ascuas.

—¡Albricias, Duval! —exclamó en el colmo de la excitación —¡Ahí tenemos a nuestro planeta...! ¡Por todos los santos del Cielo! ¿No se lo decía yo a usted? ¡Venga y mírelo!

Un escalofrío supersticioso recorrió la espina dorsal de Pierre Duval.

Lentamente se acercó al telescopio. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

Su observación fue más larga que la del profesor. Al término de la misma, su faz estaba pálida como la cera.

—Un planeta de cinco mil kilómetros de diámetro, situado entre Marte y la Tierra —murmuró estupefacto—. ¡Diez veces más pequeño que la Tierra!

—¿Lo ve usted, Duval? ¡Un planeta invisible...! ¡Y probablemente habitado por seres invisibles! Esta es la demostración que yo deseaba, el descubrimiento que salvará al mundo de la destrucción. ¡Tengo una teoría, Duval! No me he atrevido a hacerla pública hasta ahora por temor a que me encerraran en un sanatorio mental. Pero ya ha llegado el momento decisivo de la Historia. Usted y yo seremos los héroes.

Por un instante, Duval creyó que la emoción había trastornado al profesor. No tenía la menor idea de la relación que pudiera tener el hallazgo de un planeta invisible con la salvación del mundo. Su agraciado semblante expresó desconcierto.

—¿A qué se refiere, profesor? —preguntó.

—Apúntese la fecha de hoy: once de mayo de 1970. Un nuevo planeta ha nacido en el Universo. Dígame el primer nombre que se le ocurra. Debemos bautizarlo inmediatamente.

—«Boris 1970» —contestó Duval sin titubear.

Fresnay denegó con la cabeza.

—Rehusó el honor. No quiero que mi nombre vaya unido al de un mundo asesino.

Duval arqueó las cejas cada vez más intrigado.

—No entiendo una palabra de lo que está diciendo. ¿Por qué dice usted que es un mundo asesino? ¿Qué tiene que ver su invisibilidad con tan agresiva denominación?

Fresnay sonrió feroz.

—Llevo una estadística de todos los crímenes que ha cometido. Más de un millón de personas han perecido en un período de seis meses, víctimas del mayor atentado que ha conocido la Humanidad.

Nuevamente creyó Duval que su amigo desvariaba.

—Esta estadística ¿es otro de sus secretos, profesor? —inquirió escrutándole fijamente.

—A su debido tiempo lo conocerá, mi querido Duval. Por lo pronto esta noche nos pondremos en camino para Chicago, Usted asistirá a la entrevista que sostendré con el presidente Matson. Pero antes bauticemos al planeta.

¿Cómo podríamos llamarle?

—«Muerte» es un nombre adecuado —contestó Duval sonriendo.

—¡Justo! ¡Planeta «Muerte» se denominará! Marte y Muerte se parecen, ¿verdad?

—Bastante —concedió el joven—. Al menos fonéticamente.

—Usted se burla de mí, Duval. Sin embargo, mucho antes de lo que usted se imagina me dará la razón.

Las últimas palabras del profesor Fresnay constituyeron una profecía. Aquella misma noche, el avión reactor que conducía a él y a Duval a Chicago se estrelló en la isla de Nueva Siberia, en las proximidades del Círculo Polar Ártico.

La casualidad hizo que de los ciento ocho pasajeros se salvara solamente uno: Pierre Duval.

CAPÍTULO IV

Gwendolyn Mayo acabó de retocarse la pintura de sus labios y guardó los accesorios en el diminuto bolso. Después consultó impaciente el reloj. Llevaba cerca de un cuarto de hora esperando que Sprague regresara al despacho. Había ido a verle porque la perspectiva de cenar con su prometido y luego ir a cualquier club a bailar siempre revestía para ella nuevos atractivos. Por sus respectivas profesiones —Gwen pertenecía a la plantilla de reporteros de la «New Castle Television»—, raramente coincidían en sus noches de asueto. Por tanto, si Sprague la había invitado en aquella ocasión, el cansancio y el sueño deberían ser relegados para el día siguiente. Y esto fue lo que hizo Gwendolyn.

Por enésima vez contempló su hermoso rostro en el espejo de la pantalla televisora. Gwen era muy morena y tenía la nariz ligeramente respingona, detalles ambos que la mortificaban con frecuencia, pese a la contradictoria opinión que los mismos despertaban en el sexo contrario. Su cabello era negro como el azabache y lo llevaba peinado en cortísimos rizos que apenas le llegaban a la nuca. Por contraste, tenía los ojos muy azules, tanto que su mirada ofrecía transparencias de záfiro. Gwen decía de ellos que constituían su talismán mágico, y a tal causa achacaba, invariablemente, sus éxitos periodísticos. «Mirando a los hombres con fijeza suelo hacerles decir más cosas de las que piensan o quisieran pensar», solía ser una de sus frases favoritas.

Repentinamente, sus ojos, aquellos ojos con transparencias de záfiro, empezaron a ver cosas raras. Primero fue una desconchadura en la pared producida por el impacto de una bala; después vio un revólver en el suelo... Y a continuación, las visiones comenzaron a adquirir movimiento.

El traslúcido biombo que aislaba al laboratorio se desplomó violentamente sobre una de las paredes, arrastrando varias estanterías. Un instante más tarde, las probetas, pesos, analizadores y demás objetos del laboratorio parecieron ser barridos de sus soportes como por una mano invisible. El contacto de unos compuestos químicos con otros produjeron una nube de gas maloliente que se extendió rápidamente por el despacho.

Gwen se puso en pie asustada. Por un momento pensó si habría tenido lugar algún movimiento sísmico. Pero los acontecimientos siguientes la

sacaron de dudas y la asustaron aún más. Las armas que componían el arsenal de Brent fueron descolgándose de la pared y sucesivamente cruzaron el aire en todas direcciones para caer dispersas sobre las mesas, estanterías y sillones. Una ametralladora «Vickers» se estrelló contra el cristal de una ventana pulverizándolo.

Gwen creyó haberse vuelto loca. Aquélla parecía una escena de aquelarre. El destrozo proseguía con más ímpetu a cada instante. Las lámparas balanceábanse en una infernal danza, las estanterías caían destrozadas, las alfombras se deslizaban por el suelo de un lado a otro de la habitación... Y el estrépito creció hasta convertirse en insoportable algarabía.

La joven periodista, a punto de ser presa del histerismo, quiso correr hacia la puerta. Pero de pronto, se sintió levantada en vilo por una fuerza increíblemente poderosa. Un grito de espanto se escapó de su garganta. En volandas fue llevada hasta la ventana principal. El cristal saltó en mil fragmentos. Gwen intentó desasirse del demoníaco e invisible abrazo. Ya estaba al borde de la barandilla. Abajo, a más de cien pies de altura, estaba la calle. Un instante después se desplomaría en el vacío...

Sonaron tres disparos consecutivos. Simultáneamente, Gwen cayó al suelo. Cesó la fuerza que la oprimía y pudo incorporarse de nuevo. Vio Brent Sprague en el umbral de la puerta y detrás de él al capitán Kylmer.

Corrió a los brazos de su prometido.

—¡Oh, querido...! —sollozó convulsivamente— ¡Tú... tú lo has visto! ¿verdad? ¡Dime que no estoy loca, por favor!

Suave pero firmemente, Sprague la apartó. Su mirada escudriñó hasta el último rincón de la estancia.

—Trae el extintor, Kylmer —ordenó con acento desprovisto de matices —. Y cierren la puerta inmediatamente.

Estupefactos, los dos agentes secundaron a Brent en la labor de aplicar la manguera al extintor.

—Desenfunden las armas y estén dispuestos a disparar al menor síntoma sospechoso—advirtió—. Tú, Gwen, colócate detrás de mí. Ahora comprobaremos si estamos todos locos... o no lo estamos.

Mordiéndose los labios y con las lágrimas resbalando por sus mejillas, Gwen hacía esfuerzos para recobrar la serenidad. El innato instinto profesional le decía que se hallaba ante el más sensacional reportaje de su carrera. En otra ocasión, la muchacha se habría desmayado sin vacilaciones, pero ahora el deber le exigía mantenerse en pie y anotar mentalmente todo lo que fuera sucediendo.

—Debo haberle herido o muerto —declaró Brent—. Gwen fue soltada

inmediatamente que yo disparé.

Kylmer se frotó los ojos.

—¿Dónde apuntaste, Sprague? —inquirió.

—A tres pulgadas por debajo del cuerpo de Gwen. Jamás he llegado tan a tiempo a ningún sitio. Sólo pensarlo me da escalofríos.

La temblorosa voz de Gwen sonó detrás de Sprague.

—¿De qué habláis, si me es lícito saberlo? —imploró cómicamente —¿Qué es lo que ocurre en este maldito despacho? ¿Algún invento tuyo, Brent?

Brent no pudo por menos que sonreír.

—Sí, —replico—. Un invento mío para asustar a todas las novias con nariz respingona. Atención, muchachos. ¡Prestos a disparar...!

Sprague abrió la válvula de escape de la manguera y disparó el chorro de esmalte rojo contra el suelo en dirección al ventanal.

Un grito de sorpresa se escapó de todas las gargantas al contemplar la mágica aparición de un inanimado cuerpo en el lugar donde unos instantes antes no había absolutamente nada. Era realmente como si Brent Sprague creara con su manguera un dibujo en relieve.

Acabada su labor, Brent cerró la válvula y se quedó boquiabierto mirando el cuerpo. Los pensamientos atropellábanse en su mente pero sus labios se negaban a emitir palabra alguna.

—¡El «horror invisible»! —susurró Kylmer con acento siniestro—. ¡Es un hombre, Sprague! ¡Un hombre de carne y hueso...!

Lentamente, con la cautela pintada en todos los rostros, fueron aproximándose los circunstantes.

El cuerpo estaba tendido boca abajo con los brazos extendidos en cruz. La pintura roja lo cubría totalmente y formaba un charco alrededor de él. Visto de espaldas, su aspecto era casi humano. Su escamoso atuendo se ajustaba desde los hombros hasta el empeine de los pies. Estos igual que las manos, no eran tales propiamente dichos, sino auténticas garras de afiladas puntas, semejantes a las de las aves de rapiña. Pero lo que más llamaba la atención era lo extraordinario de sus dimensiones. El más corpulento de los «catchers» habría sufrido con desventaja cualquier comparación.

Yacía completamente inmóvil, sin el menor indicio que revelara su respiración. La parte de cráneo que se ofrecía a la vista estaba desprovista de cabello dando la sensación de que nunca creció en aquella epidermis rugosa y brillante.

Brent y Kylmer cruzaron sus miradas.

—Matson tenía razón —dijo el primero—. Una especie desconocida en la Tierra...

—Extraterrestre —puntualizó Kylmer—. Debe pesar cuatrocientas libras por lo menos. ¿No te gustaría verle la cara?

—Presiento que no —replicó—. Algo me dice que es espantosa. ¿Quieres salirte fuera, Gwen?

La joven periodista negó con un gesto. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y los labios contraídos por la angustia.

—Es... es mi reportaje, Brent —tartamudeó intentando sonreír—. Me parece que voy a morir de un momento a otro, pero quiero estar delante cuando... cuando le deis la vuelta a ese tipo.

Sprague le dio un golpecito alentador en la espalda.

—Eres una chica valiente, Gwen. Te mereces el reportaje y ser la heroína del día. Sin embargo, me temo que no podrás publicar nada de ésto sin el consentimiento de Matson. Es un secreto de Estado ¿sabes? Prométeme que no dirás una palabra hasta que obtengamos la necesaria autorización.

Una dolorosa decepción se reflejó en las facciones de Gwen.

—No seas duro conmigo, Brent —suplicó—. Sólo unas líneas para la emisión matinal...

—Haré lo que pueda —aseguró él—. No obstante, no te hagas ilusiones. ¿Adelante, Kylmer?

Rod Kylmer asintió en silencio. Con una mueca de repugnancia se incorporó sobre el cuerpo para asirlo por uno de los hombros. Sprague unió sus fuerzas y de un violento empellón giraron al monstruo boca arriba.

El asombro y la desilusión cundieron en el grupo. El cuerpo apareció incompleto ya que la pintura únicamente alcanzó a cubrir el dorso del mismo.

—Rocíalo por la parte de arriba —ordenó Brent a Kylmer—. Ninguno de nosotros habíamos caído en este detalle.

Kylmer obedeció. La pintura comenzó a revelar los trazos incompletos siguiendo la dirección de pies a cabeza. Al llegar al cuello se detuvo. Con el reverso de la mano se limpió el sudor que corría por su frente.

—Estoy nervioso, Sprague —confesó—. Esto es una pesadilla infernal.

Brent le arrebató de las manos el extintor. En un instante abrió la válvula y soltó el chorro pulverizado sobre el lugar en donde debía hallarse la cara del monstruo.

Gwen dio un grito de espanto y cerró los ojos presa de un convulsivo temblor. Kylmer acudió a sostenerla para evitar que se desplomara. Y uno de

los agentes se persignó instintivamente.

Sólo Brent conservó el dominio de los nervios, Cada uno de los rasgos de aquella horripilante faz quedó grabado en su mente con fotográfica fidelidad. Jamás podría olvidarlos aunque viviera un millón de años. En realidad, lo que sus ojos estaban contemplando no era una cara sino una bestial mezcla de trazos y contornos que más bien parecía el engendro de un pintor surrealista. Carecía de ojos, nariz y apéndices auriculares; la boca, de colgantes belfos, dejaba asomar un colmillo central que llegaba hasta la línea frontal. Y aquello era todo... Ni el menor vestigio de vello, ni incisión alguna que denotara la existencia de órganos afectos a los sentidos de la vista, el oído y el olfato. La piel era rugosa y brillante como la de un lagarto o serpiente, sin diferencias sensibles con la de las extremidades.

—Me explico que la naturaleza les haya hecho invisibles —dijo Sprague —. Nunca vi nada tan repulsivo.

—Me gustaría saber si está muerto —manifestó Kylmer.

—Tanto da una cosa como otra —contestó Brent con acento siniestro. El mundo está lleno de ellos... Es posible que en esta misma habitación hayan más, aguardando el momento propicio para caer sobre nosotros. Que Dios nos coja confesados, Kylmer.

—¡Cállate, Brent! —exclamó Gwen al borde del histerismo—. No hables de ese modo... Quiero irme, marcharme de la ciudad. ¡Se vengarán de mí! ¡Yo tuve la culpa de que le matárais!...

—Calma, querida. Nadie ha tenido la culpa de nada. Vámonos a ver al presidente Matson.

Se me ha ocurrido una idea que puede resultar salvadora.

—Voy con vosotros —intervino Kylmer —. Quiero ver la cara que pone el Presidente cuando se entere de que hemos capturado a un «invisible».

—No, Kylmer —decidió Sprague—. Tú te quedarás al frente de ésto con entera responsabilidad sobre lo que ocurra. Avisa al doctor Spencer y que venga con su equipo de ayudantes. Y al mismo tiempo, envía recado al coronel Harguitay para que se persone aquí inmediatamente. Le explicas el caso y que él tome la iniciativa adecuada. En ningún instante dejes el despacho sin vigilancia. Cualquier circunstancia imprevista que surja la notificarás directamente al Presidente Matson. ¿Queda comprendido todo?

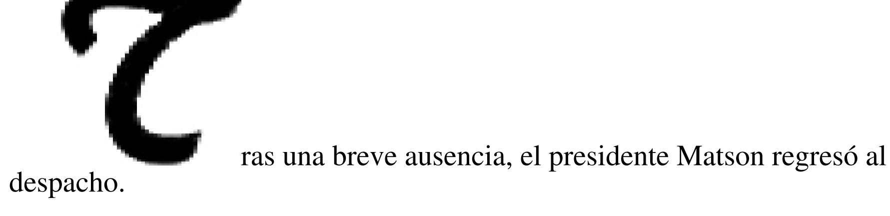
Kylmer puso cara de no hacerle demasiada gracia la misión encomendada.

—Comprendido, jefe —repuso—. Y si el monstruo se despierta, ¿volvemos a atizarle?

Brent sonrió sardónico.

—Según: si se muestra amable puedes intentar enseñarle el noble deporte del «golf». Lo dejo a tu elección.

CAPÍTULO V



ras una breve ausencia, el presidente Matson regresó al despacho.

—El doctor Spencer acaba de facilitarme el primer informe acerca del «invisible» —anunció a las tres personas allí congregadas: Pierre Duval, Brent Sprague y Gwen Mayo—. Le mató usted, Sprague; sobre eso no existe la menor duda. Si puede o no resucitar, ya es cosa que nuestra ciencia desconoce. Sus características esenciales son un poco desconcertantes; según Spencer, el «invisible» es vegetariano, respira por hendiduras bronquiales y sus órganos básicos difieren escasamente de los humanos. Tienen la sangre fría y las extremidades prensiles. Lo más admirable de su constitución es la zona craneana. El cerebro es desproporcionalmente mayor que en el resto de la escala animal, incluido el del hombre. Ello explica que no necesite de terminaciones sensoriales, tales como nariz, oídos ni ojos. La captación de las sensaciones externas se lleva a cabo por medio de un sistema telepático semejante al radar.

—Eso significa que los «invisibles» poseen una inteligencia infinitamente superior a la nuestra —dijo Sprague. Y agregó—: Para desgracia de la Humanidad, por supuesto.

—Me gustaría saber por qué intentó asesinarme —terció Gwen, ya repuesta de las emociones anteriores—. Ni yo le provoqué ni soy tan importante como para merecer la eliminación.

Pierre Duval aplastó la colilla de su cigarro en el cenicero e inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Por lo que ustedes han contado no es difícil suponer que ese extraño ser obrase impulsado por la cólera. Supongamos que usted, Sprague, le dejara fuera de combate con el golpe que le propinó. Una reacción lógica es que después de recobrar el conocimiento arremetiera contra todo, y principalmente descargara su venganza sobre la señorita Mayo.

—Dejaremos aparte las suposiciones —dijo bruscamente Matson. En el rostro de aquel hombre que gobernaba a la totalidad de los pueblos terrestres apareció una expresión resuelta—. Nuestro objetivo presente requiere actuaciones drásticas. Emprender sin pérdida de tiempo la batalla contra el enemigo que ya conocemos. Cierto que se nos ha escapado de la mano el arma preciosa con que combatirle. Pero en estos momentos, todo un ejército

de hombres de ciencia trabajan en la obtención sintética de las lentes descubiertas por el fallecido profesor Fresnay. Los residuos hallados entre los restos del avión permiten cierto optimismo al respecto. Por otra parte, nos consta que los invasores del planeta «Muerte» sucumben a los efectos de cualquiera de las armas conocidas; e igualmente sabemos que ellos carecen de armamento, puesto que recurren indefectiblemente al sabotaje. Ahora viene la contrapartida: los «invisibles» dominan las ciencias e idiomas terrestres; tal vez por asimilación psicotelepática o quizá porque han convivido con nosotros a través de largos períodos de tiempo. Tanto da una cosa como otra; la cuestión es que ahora jugamos todos con las cartas descubiertas. Dentro de unas horas congregaré en este despacho a la plana mayor mundial de los ejércitos de tierra, mar y aire. Serán impartidas instrucciones que se cumplirán en todos los confines del orbe. Y en líneas generales, ustedes serán los primeros en conocerlas.

H. L. Matson se levantó y cerró todas las ventanas. Luego pulsó un llamador.

Se presentó un ordenanza.

—Dígale a Carrigan que pase —ordenó.

Instantes después entró en el despacho un hombrecillo descuidadamente ataviado que portaba una especie de tubo de compresión. Saludó a los presentes con una tímida sonrisa.

—Cuando usted guste, Carrigan —dijo Matson volviéndose a sentar. Y dirigiéndose a los demás añadió—: Lo que van a presenciar es un sencillo experimento encaminado a disipar las dudas de si estamos o no solos.

Carrigan manipuló brevemente en el tubo hasta conseguir la emisión de un chorro de gas verdoso que rápidamente inundó la estancia. La densidad alcanzada fue tal que los objetos y personas parecieron flotar en una nube de algodón.

—Es un gas inofensivo —explicó Matson—. Pueden respirarlo con entera tranquilidad. Y pueden también sentirse tranquilos, porque entre nosotros no hay ningún «invisible».

—Comprendo —dijo Sprague—. El gas habría recortado sus perfiles. Sencillo y maravillosamente práctico.

—Esta será una de nuestras armas más eficaces —replicó Matson—. Los laboratorios están elaborando «Oxígeno Z» en escala suficiente para inundar los cinco continentes. Añadido a las lentes «Fresnay», los invasores dejarán de ser invisibles. Del mismo modo descubriremos las naves utilizadas en sus expediciones. Espero que antes de una semana podremos comenzar la ofensiva...

Sonó la llamada del televisor. Matson se introdujo en el aposento

reservado. Al cabo de varios minutos regresó con un gesto de preocupación en sus facciones.

—Ha sucedido algo inesperado —anunció—. Nuestro prisionero se ha desintegrado. La noticia que acabo de recibir es bastante confusa en cuanto a los detalles. Sin embargo, considerando el hecho en sí, todo lo demás es accesorio.

—¿Quiere decir, señor Presidente, que se ha vuelto a esfumar? —preguntó Sprague palideciendo.

Matson negó mordiéndose los labios.

—Se ha desintegrado —repitió—. Y la explosión que produjo desintegró también el edificio del cuartel general de la «Science Police». La radioactividad se ha extendido en un radio de acción de quinientas yardas. Más de cinco mil personas han perecido instantáneamente... Es un buen reportaje, ¿verdad, señorita Mayo?

* * *

Hacía un calor agobiante en la habitación. Brent Sprague fue a levantarse del lecho para abrir las ventanas del balcón, pero en ese instante sonó un seco chasquido seguido de un vivísimo resplandor; luego retumbó un prolongado trueno que hizo vibrar las paredes y el suelo durante varios segundos. No había comenzado a llover pero la rápida sucesión de rayos y el poderoso gemir del viento hacían presentir que la tormenta de agua descargaría de un momento a otro.

Siempre le habían gustado las tormentas a Sprague. En el transcurso de las mismas solía revivir mentalmente los años de su infancia, cuando el temor supersticioso le hacía refugiarse en los lugares más inverosímiles para captar sin riesgo toda la intensidad del más impresionante de los espectáculos.

Pero ahora era distinto. Algo que no era la tormenta le acababa de despertar apenas iniciado el sueño; algo que tampoco fue una pesadilla ni una molestia física. Algo que muy bien pudo ser el aviso instintivo de un peligro.

Sprague se reprochó internamente lo susceptible que de pocos días a esta parte se había vuelto con respecto a los presentimientos. Cierto que en ese transcurso de tiempo sucedieron acontecimientos capaces de trastornar la mente más equilibrada. Las horribles muertes del presidente Matson y de Pierre Duval, no fueron sino sucesos insignificantes en relación con lo demás. Porque la simultánea destrucción de los más importantes laboratorios y centros de experimentación de todo el orbe significaba que los invasores del planeta «Muerte» se habían anticipado a la ofensiva terrestre. Después de conseguir estos fines podían considerarse como seguros vencedores.

Luchaban en la tenebrosa impunidad que les prestaba su fantástica constitución. Los cerebros más clarividentes se rendían ante la imposibilidad de adivinar los objetivos perseguidos por los «invisibles». Quizá uno de ellos fuera apoderarse de la Tierra y convertirla en su morada, destruyendo a este fin a la Humanidad entera.

Si tal era la tarea emprendida, forzosamente se tenía que admitir que en un período más o menos largo conseguirían rematarla. La ola de accidentes y sabotajes se había recrudecido hasta el punto de que el trabajo cesó en las fábricas, la gente se negaba a salir de los hogares, cerraron los espectáculos y el éxodo hacia las zonas desérticas comenzó a tomar carácter epidémico. De nada servía que a través de los órganos difusores de noticias se alentara a los pueblos a conservar la serenidad. Lo mismo ocurría con las amenazas. La gravedad de las crisis económicas se traduciría en el corto plazo de un mes —según los informes técnicos —en una total desolación. A ésto seguiría la muerte por inanición o enfermedad del ochenta por ciento de la población terrestre. El veinte por ciento restante, aborígenes de islas situadas lejos de la civilización, sobrevivirían quizá por un año o dos. Un porvenir como jamás pudo intuir nadie, ni siquiera aquellos pesimistas que se rasgaron las vestiduras cuando la primera bomba atómica estalló en Hiroshima.

Por fin Brent Sprague saltó del lecho. Tras encender la luz se dirigió al panel opuesto a la puerta. Oprimió un resorte secreto y se descorrió un fragmento del artesonado dejando al descubierto la gris superficie de una pequeña caja de caudales. La abrió. Con pulso ligeramente alterado sacó de la misma un estuche conteniendo media docena de lentes de diferente tamaño. Después de contemplarlas detenidamente durante un par de minutos las volvió a su sitio y cerró la caja.

Se tendió nuevamente en el lecho. El examen anterior le había tranquilizado un tanto. Aquellas gafas eran probablemente el tesoro más valioso que existía sobre la Tierra. Horas antes se las había entregado un tal Leo Williams, profesor de la Universidad de San Francisco.

—Las fabriqué secretamente —le dijo Williams—. Tal vez por esta causa vivo todavía. No sé si le servirán de mucho o de poco, pero usted es el único hombre que puede convertirlas en objeto de utilidad. No me pida más, se lo suplico. Mi valor se ha extinguido; hoy mismo pienso partir para las Bermudas...

El comprensible anhelo del profesor Williams quedó frustrado cinco minutos después de abandonar el compartimiento de Brent Sprague. Y quiso la casualidad de que fuera Gwen Mayo quien le atropellara al dirigirse a la emisora en que prestaba sus servicios. Casualidad o diabólico designio de los «invisibles»...

Ahora, Brent Sprague pensaba que la muerte le tocaba a él. La posesión

de aquel tesoro equivalía a una sentencia implacable. En realidad, había vivido demasiado. Y lo más curioso es que el peligro pareció evadirse de su alrededor.

Pero quizá la suerte había durado demasiado. Eran las dos de la madrugada; una hora incómoda para morir...

Apagó la luz. Las descargas eléctricas se sucedían con regularidad casi matemática y los truenos tenían la continuidad de un redoble de timbales.

Y de pronto, comenzó a llover. Las gruesas gotas de agua repiquetearon en los vidrios con un sordo rumor que ahogó el gemir lúgubre del viento.

Sprague rebulló inquieto entre las sábanas. Sentía vibrar sus nervios a flor de piel. Su boca estaba seca y tragar le costaba un esfuerzo inaudito. Por más que quiso engañarse, tuvo que reconocer que experimentaba un miedo cerval

Mirando a la ventana fue a alargar una mano para encender la luz y en ese instante quedó petrificado por el espanto.

¡Una enorme forma humana se recortaba entre la cortina de agua que formaba la lluvia al azotar los cristales del balcón!

A Brent se le erizó el cabello al distinguir aquellos perfiles que únicamente podían corresponder a un visitante del planeta «Muerte». Pero lo realmente extraordinario era que a través de la gigantesca silueta se percibían con nítida claridad los anuncios luminosos de los cercanos rascacielos. Lo que significaba que era un «invisible» en la completa acepción de la palabra. El dibujo de la silueta lo trazaba la lluvia al resbalar sobre los impalpables contornos.

La sombra se contorsionó violentamente. Y fue en ese momento cuando la mente de Brent Sprague captó la inspiración que podía salvar al mundo.

CAPÍTULO VI

Simultáneamente, Sigurd Krögen y Trysil Björn contraían matrimonio en una iglesia de las afueras de Bergen, Noruega. Siguiendo la tradicional costumbre, la joven pareja se casó al caer de la noche, y la fiesta duró hasta cerca del amanecer. Cuando el último invitado se hubo marchado del flamante hogar de los Krögen, Sigurd tomó entre sus brazos a la rubia y hermosa Trysil y la besó apasionadamente.

Llovía intensamente aquella noche.

—¿No te desilusiona pensar que has unido tu destino al de un chiflado? —preguntó él a la vez que removía los tizones de la chimenea—. Probablemente habrías sido más feliz dándome calabazas.

—¡Tonto! —recriminó Trysil dulcemente— Sabes que me siento orgullosa de ser tuya, de trabajar para ti, de ayudante en la empresa que tú solo emprendiste. Esta noche es la más feliz de mi vida.

Sigurd encendió un cigarrillo. Sus angulosas facciones estaban contraídas por una expresión preocupada.

—Podría serlo —contestó lentamente—; si no fuera porque la muerte debe andar rondándonos. ¡Quién sabe si volveremos a ver un amanecer!

Trysil sonrió.

—Recuerda la promesa que nos hicimos. La prensa aguarda impaciente el fruto conjunto de nuestra labor; todo el mundo sabe que somos los únicos terrestres que están a punto de dar con la solución salvadora. Hasta ellos, los «invisibles», lo saben... Y ese será nuestro éxito. ¿A qué esperar, pues, más tiempo? Sobre aquella mesa están los datos que me pediste.

Sigurd la miró amorosamente.

—Tengo miedo por ti, Trysil. No ha cesado de llover...

—Quince días hemos estado aguardando a que lloviera para casarnos —replicó ella—. Era la base de nuestro experimento. Te aseguro que no siento el menor temor.

—Te admiro, Trysil. Eres una mujer valiente. Si salimos de ésta, creo que nadie habrá más feliz que nosotros.

La joven le besó con un apasionamiento que en nada denotaba su

temperamento nórdico.

—Cuando quieras, cariño —dijo después que los labios se separaron —. ¿Dónde tienes tus apuntes?

—En el segundo estante de la derecha —contestó Sigurd—. Los verás dentro de una carpeta amarilla. Ve ordenándolos sobre la mesa mientras preparo la trampa.

Sigurd se levantó para pasar revista a una serie de surtidores alineada frente a la puerta de cristales que servía de entrada a la casa. Uno a uno fue accionándolos comprobando el perfecto funcionamiento de los mismos. Los estrechos tubos de aluminio que servían de cañón para el disparo de los líquidos correspondientes no apuntaban verticalmente sino en dirección a la puerta y formando un pronunciado semicírculo.

Después sacó de un armario una anticuada ametralladora «Thompson» que revisó igualmente. La colocó encima de una silla al alcance de su mano.

—Todo listo —dijo, sentándose frente a Trysil—. Ahora procura concentrarte en nuestro trabajo y olvidar en qué consiste el sistema defensivo que hemos organizado.

—Lo intentaré —contestó ella ordenando un montón de cuartillas.

—No es suficiente intentarlo; hay que conseguirlo. Los «invisibles» leen en la mente como en un libro abierto. Para cogerlos desprevenidos es necesario que ignoren nuestros planes. Si observas que te fallan los esfuerzos trata de recordar algún pasaje olvidado de tu niñez... o piensa simplemente que nos hemos casado hace tres horas.

Una sonrisa alentadora iluminó el agraciado semblante de la joven.

—Descuida, querido. Lo último me será mucho más fácil y confortante.

—Bien. Vamos al trabajo; léeme tu informe.

—Con el resumen te bastará. «Los invasores del planeta «Muerte», han hecho acto de presencia en todas las ciudades de más de quinientos mil habitantes, y preferentemente en las situadas en zonas alejadas de la costa. Sólo en casos aislados han actuado en lugares próximos a las playas o puertos. Ignorando cuáles son las causas de este fenómeno geográfico, no me atrevo a formular una hipótesis al respecto. Sin embargo, he de agregar otra coincidencia altamente sospechosa: exceptuando las Islas Británicas, ninguna otra isla del globo terráqueo ha sufrido ataques por parte de los «invisibles». Las cifras complementarias son...»

—Bastante por ahora —cortó Sigurd. Una extraña luz brillaba en sus claras pupilas—. Tu trabajo es el mejor regalo de boda que podía haber recibido. Se complementa maravillosamente con el mío. ¿Quieres escucharlo?

Trysil tomó el cigarrillo de él y aspiró una bocanada de humo que exhaló con marcada delectación.

—Me tienes impaciente, querido —contestó.

Sigurd dejó a un lado las cuartillas y apoyó los codos sobre la mesa. Su mirada resbalaba alternativamente de la puerta a Trysil.

—En seis meses se han producido trescientos descarrilamientos ferroviarios, dos mil seiscientos accidentes aéreos, decenas de millares de atropellos y suicidios. Esto en lo que se refiere a sucesos que pudiéramos llamar fortuitos. Además son incontables las voladuras de polvorines, depósitos atómicos, incendios en laboratorios y otros actos de sabotaje de incluso mayor envergadura. El total de muertos asciende y sobrepasa los diez millones.

Un gesto de asombro se pintó en las delicadas facciones de Trysil.

—¡Increíble! —exclamó —¡Diez millones de asesinatos...!

Sigurd sonrió.

—¿No has observado ninguna anomalía en mi lista? —preguntó.

Trysil reflexionó durante unos instantes.

—¡Ya lo tengo! —gritó excitada —¡Ninguna catástrofe marítima! ¿Es eso lo que quieres decir?

Sigurd asintió con la cabeza.

—Exactamente; ninguna catástrofe marítima y ninguna zona costera o isla afectada por los invasores del planeta «Muerte». Este es el motivo primordial de que yo me haya casado contigo, Trysil. Naturalmente que te amo; eso es aparte —agregó precipitadamente al notar el gesto de ella—. Pero no te habría conocido si en tus boletines de información hubieses omitido aquellos llamamientos a la gente para que abandonara los continentes y se refugiara en las islas. Seguramente ni tú misma te darías cuenta de la importancia que tenía lo que juzgabas una casualidad. Durante varias noches escuché tu voz y vi tu imagen en mi televisor...

—Y una de ellas viniste a buscarme —prosiguió Trysil—. Se te había ocurrido una idea genial.

—Que pusimos en práctica inmediatamente. Ninguno de los dos teníamos miedo a morir y por tanto decidimos desafiar al enemigo, probar su invulnerabilidad y ayudar a nuestros semejantes.

Se estableció una corta pausa. El viento y la lluvia arreciaba por instantes. El pequeño edificio de una sola planta crujía siniestramente en medio de la tempestad. Construido totalmente de madera y situado en lo más frondoso del bosque, representaba la morada ideal para unos enamorados en luna de miel.

Sin embargo, Sigurd y Trysil, romántica pareja de periodistas, habían elegido la casa con el fin exclusivo de presentar batalla a los «invisibles».

—Ese científico norteamericano —dijo Sigurd—, cree que fue su «paralizador» lo que mató al «invisible». Quizá no; la causa de la eliminación debió ser el chorro líquido de pintura. Los «invisibles» no resisten el agua; para ellos debe ser así como para nosotros el fuego. Mis escasos conocimientos en la materia me impiden profundizar sobre esta extraña circunstancia, pero las estadísticas no mienten. Por el presente, el mar constituye la única defensa de los terrestres.

—Pero el ser que Brent Sprague capturó volvió a la vida —objetó Trysil —. Recuerda que desapareció nuevamente.

Sigurd meneó la cabeza negativamente.

—Se desintegró. Mi teoría es la siguiente: el «invisible» vestía una cota de malla que probablemente no era sino un pequeño detonador atómico. Al objeto de evitar ser capturados vivos o muertos, los «invisibles» portan la extraña bomba anexionada a un dispositivo que detecta los latidos del corazón; en cuanto éste deja de latir, la bomba estalla y todo rastro desaparece. En la antigüedad, los «tuaregs» destruían los cadáveres de sus compañeros muertos para que no cayeran en manos de los blancos.

Trysil consultó su reloj de pulsera.

—Son las tres y cuarto de la madrugada —dijo—. ¿Tendemos el cebo?

—El cebo está tendido desde que tú y yo anunciamos al mundo nuestra unión —contestó Sigurd sonriendo—. Durante dos semanas la espada de Damocles se cierne sobre nuestras cabezas. Esa puerta se puede abrir de un momento a otro...

El horrísono estruendo de un trueno ahogó las últimas palabras del joven periodista. Trysil se estremeció involuntariamente.

—¿Preparada, Trysil? —inquirió Sigurd levantándose.

La muchacha asintió en silencio. Una de sus manos acarició inconsciente la culata del ametrallador «Thompson».

Sigurd se entregó a la tarea de poner en funcionamiento la emisora portátil de televisión empotrada en una de las paredes. Después efectuó una complicada llamada.

La respuesta llegó lejana. Un rostro varonil se dibujó en la pantalla receptora.

—«British Broadcasting Corporation» contesta a la llamada de «XX-2». Recepción perfecta. La red mundial de emisoras está a la escucha.

Sigurd hizo un gesto a su esposa para que se reuniera a él ante el aparato.

—Atención, ciudadanos del mundo —habló él con acento solemne—. Atención... Atención... Sigurd Krögen y Trysil Björn hablan para vosotros desde un pequeño rincón de Noruega. En estas horas de angustia y temor, en que la muerte acecha dentro de cada casa, en la oficina o en la calle, queremos llevar a vosotros un mensaje de esperanza. Mi esposa y yo no pertenecemos a ningún equipo científico ni tenemos en nuestro haber mayor experiencia interplanetaria que cualquier simple mortal; somos sencillamente dos periodistas a los que la divina Providencia ha puesto en los senderos de la verdad y la inspiración. Sin duda, vosotros os preguntaréis por qué la emisora B. B. C. ha tomado a su cargo la titánica labor de reunir a la gran familia terrestre. Y también os preguntaréis si, efectivamente, vale la pena tomarse la molestia de escuchar el mensaje de dos ignorados periodistas. Trysil Björn y yo os aseguramos que sí... Nos embarga la alegría al poderos decir que cada uno de vosotros tiene en su mano el arma poderosa con que vencer a los diabólicos invasores del planeta «Muerte». Fijaros atentamente en los detalles que expondremos a continuación... En los seis meses que han transcurrido desde que los «invisibles» azotan con su maldad a la Tierra, no se han producido sabotajes, atentados o catástrofes en los dominios del mar. Ninguna isla, excepto Gran Bretaña, ha sufrido los efectos de la invasión. ¿Qué significan estas circunstancias? Consideradlas aislada y conjuntamente y razonad sobre ellas. La verdad se abrirá paso en vuestras mentes y la esperanza renacerá de nuevo en los corazones... Dentro de veinticinco minutos nuestras voces volverán a las ondas para ampliar el mensaje. ¡Buenas noches, ciudadanos del mundo!

Sigurd cerró la conexión y se secó el sudor de la frente. Tenía el rostro pálido y brillante la mirada.

—«Alea jacta est», «la suerte está echada» —dijo sentándose junto al dispositivo que accionaba los surtidores—. Veinticinco minutos son suficientes para que los «invisibles» caigan sobre nosotros.

—Si nuestras deducciones son acertadas —completó Trysil empuñando la ametralladora.

Original noche de bodas —declaró Sigurd encendiendo un cigarrillo con pulso un tanto vacilante—. Me remuerde la conciencia haberte arrastrado a esto. ¡Pobre pequeña mía!...

—Me enfadaré contigo si vuelves a repetirlo —le censuró Trysil amorosamente—. No te lo creerás, pero me siento infinitamente tranquila. Tal vez, porque presiento que no voy a morir.

—Es curioso. Yo tampoco tengo esa preocupación. Lo único que me inquieta es la posibilidad de que defraudemos a nuestros oyentes; es una impresión parecida a la que se experimenta cuando tenemos que publicar un reportaje erróneo. Debe ser el sentido de la responsabilidad profesional.

Trysil volvió a mirar la hora. Eran las tres y media. Continuaba lloviendo, si bien con menor intensidad.

Lentamente, los minutos fueron transcurriendo. El ambiente de la habitación era tenso, como electrizado por continuas descargas. Ninguno de los dos osaba romper el silencio. Las miradas se hallaban fijas en la enorme puerta de roble, los oídos atentos al menor rumor, los músculos prontos a la acción...

—Las cuatro menos veinte —murmuró Sigurd—. Faltan cinco minutos...

—¿Estaremos equivocados? —la pregunta de Trysil estaba impregnada de ansiedad—. ¿Acaso la lluvia les impedirá venir?

La expresión de Sigurd se tornó sombría.

—No sé. Depende del tamaño de las astronaves y del área que necesiten para aterrizar.

—Pero tú estimabas que el claro del bosque recayente a espaldas de la casa era suficiente.

—Un bombardero pesado podría tomar tierra sin dificultad. Y no digamos de una de nuestras naves estelares.

—Sólo faltan dos minutos —concretó ella. Y repitió—: Sólo dos minutos...

Sonó un leve chasquido en el exterior. El corazón le dio un vuelco a Sigurd.

—¡Ya están ahí! —exclamó con voz apagada. Sus dedos oprimieron el dispositivo de los surtidores—. ¡Piensa en otra cosa, Trysil! ¡Que no adivinen que estamos en guardia!...

Realizando un esfuerzo sobrehumano para dominar los nervios, Trysil comenzó a recitar un verso de La Fontaine.

«Messire rat promit soudain...
Ella allégua les délices du bain...
La curiosité, le plaisir du voyage,
Cente raretés á voir le long du...» (2)

La puerta se abrió de pronto, violentamente, como impulsada por la embestida de una mole granítica. Una oleada de aire frío penetró en la habitación.

Atenta a las instrucciones recibidas anteriormente, Trysil corrió a la emisora de televisión y estableció contacto con la «British Broadcasting Corporation».

Preso de la mayor excitación, Sigurd disparó la batería de surtidores

contra el hueco dejado por la puerta abierta. Una multicolor cortina de pintura se levantó a cinco pasos de él.

Y materializándose como por arte de magia fue surgiendo una barricada de seres «invisibles»...

—¡Atención, ciudadanos del mundo! —gritó Trysil a través del micrófono—. ¡Atención... Atención!...

CAPÍTULO VII

Aquel día correspondía al mes de mayo; en dicho mes y en plena tormenta no había razón para que Brent Sprague sintiera un calor sofocante. Por lo tanto o estaba enfermo o su mente le engañaba.

La esfera luminosa de su reloj indicó que la temperatura era de veintiún grados centígrados. ¡La mente le engañaba!...

Saltó prestamente del lecho y con no menor rapidez se vistió de modo sucinto. La sombra continuaba debatiéndose violentamente en el alero de la ventana. Que no podía penetrar en la habitación era evidente, siendo la causa de la imposibilidad el enrejado que protegía los cristales.

Sintiéndose seguro, Brent dejó de experimentar calor. Sabía que tal sensación se derivaba de un fenómeno telepático transmitido por el «invisible». Teniendo calor, lo lógico era que abriese de par en par la ventana; y abierta la ventana no había obstáculo para el monstruo.

Cerró la puerta con la llave y se sentó a esperar los acontecimientos. Con íntima satisfacción contempló las contorsiones del siniestro visitante. Lo más exacto sería decir que adivinó dichas contorsiones puesto que la tupida cortina de agua sólo permitía vislumbrar los borrosos trazos de la silueta.

Brent ignoraba naturalmente que a miles de millas de distancia, Sigurd Krögen estaba llevando a cabo las mismas deducciones que él. El contacto del agua constituía para el «invisible» una molestia insufrible. Y ahora, al sorprenderle la violenta lluvia debería batirse en retirada. O tal vez muriese...

De pronto comenzaron a saltar chispazos en la ventana. Era como un diminuto castillo de fuegos artificiales. Los puntos ígneos surcaron el aire en todas direcciones y la mayor parte de ellos chocaron contra el cristal produciendo levísimos chasquidos.

Simultáneamente, la lluvia arreció con impresionante ímpetu. Brent se retiró a la máxima distancia que le permitía la habitación para observar con más precisión el sombreado del monstruo. Y sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, distinguieron algo asombroso: ¡Coincidiendo con el chisporroteo eléctrico el «invisible» iba perdiendo forma, los perfiles se empequeñecían y el conjunto aparecía como carcomido! ¡Se estaba desintegrando!...

A la mente del joven acudió un fenómeno inverso: la destrucción del cuerpo humano por el fuego. ¡Allí estaba la inspiración salvadora!

Vibrante por la emoción, Brent abrió la caja de caudales, extrajo el precioso contenido y salió raudo de la habitación.

Dos minutos más tarde abandonaba el edificio para dirigirse al cuartel provisional de la «Science Police». La destrucción de las antiguas oficinas y la muerte de las jerarquías superiores le habían convertido en el jefe supremo de las fuerzas.

Desde su nuevo despacho dio la voz de alarma a todas las manzanas que rodeaban su departamento. Era necesario evacuarlas inmediatamente. En el pensamiento de todo el mundo estaba bien presente los terroríficos efectos de la desintegración del «invisible» capturado anteriormente.

Pese a la diligencia de los servicios policíacos, cuando sobrevino la anunciada explosión un buen número de familias pereció instantáneamente. Pero esta vez, el porcentaje de personas salvadas constituyó la primera victoria de los terrestres.

Una hora después de la odisea, Brent Sprague recibía en su despacho la visita de Gwendolyn. En sus bellas facciones se reflejaba una expresión de ansiedad.

—¡Te anduvieron cerca, querido! —saludó con voz entrecortada—. Me enteré hace un momento de que en tu distrito se había producido una explosión nuclear. Te llamé por el televisor pero no obtuve respuesta.

—Mi departamento voló —contestó Brent sonriendo—. Fue una experiencia aleccionadora. Creo que he hallado el medio de combatir al enemigo.

Gwen consultó el reloj.

—A propósito, Brent: son las tres y cuarto de la madrugada. ¿No te dice nada esto?

Brent enarcó las cejas interrogativamente.

—Ni la menor idea, Gwen.

—¡El mensaje de Sigurd Krögen a la Humanidad! [3].

—¡Cielos! Es verdad —Brent se levantó como impulsado por un resorte para sintonizar la onda de la B. B. C. en el televisor—. ¡Cómo se me habrá pasado por alto!

—Estabas demasiado ocupado con tus visitas —bromeó Gwen.

—¡Chist! Ya lo tengo...

La imagen de Sigurd Krögen apareció en la pantalla con nítida claridad.

—¡Atención, ciudadanos del mundo! —dijo su voz en correcto inglés—. ¡Atención... Atención!...

* * *

Un indescriptible hacinamiento de brazos, piernas y cabezas se formó a la entrada de la casa. Miembros incompletos y rostros monstruosos surgieron de la nada entremezclados con los multicolores chorros de pintura que frenéticamente lanzaba Sigurd Krögen.

Situada junto al emisor de televisión, Trysil apuntó con su «Thompson» a la nauseabunda masa. Sin el menor titubeo disparó cinco o seis ráfagas seguidas. Las silenciosas convulsiones de los «invisibles» evidenciaron los efectos mortíferos del plomo.

—¡Animo, Trysil! —alentó Sigurd entusiasmado por el favorable cariz que iba tomando la batalla—. ¡Son nuestros!...

La avalancha fue cediendo paulatinamente. Sigurd echó un vistazo a los depósitos parciales de pintura y comprobó satisfecho que no había empleado ni una cuarta parte.

Al cabo de un par de minutos, el montón de cuerpos cesó de moverse. Sigurd hizo una seña a Trysil para que se ocupara de los surtidores y acto seguido se dirigió a la puerta para cerrarla, esta vez corriendo el cerrojo de seguridad.

Dando un rodeo para no tropezar con la inerte masa se reunió nuevamente con su mujer.

Trysil se desplomó en sus brazos a punto de desmayarse.

—¡Oh, querido! —murmuró cerrando los ojos—. ¡He pasado un susto terrible!

—Te has portado maravillosamente —contestó él—. Vas a ser la mujer más admirada del Universo. Míralos a nuestros pies, Trysil... No me atrevo a contarlos pero apostaría a que son más de diez. ¡Y están muertos!...

Trysil miró aprensivamente al lugar en que yacían los repulsivos seres.

—Son... son enormes —balbuceó—. Y sus caras son todas iguales...

—Hermanos de raza —completó él irónicamente—. Exceptuando el color no hay diferencias sensibles entre éstos y el que capturaron en Chicago.

Trysil se irguió repentinamente.

—¡Sigurd! —exclamó—. ¡Nos hemos olvidado de algo!

El la miró arrobado.

—¡El beso de la victoria! ¡Perdóname, pequeña mía!...

Pero Trysil se desasió bruscamente.

—¡No, por Dios! —protestó enrojeciendo—. Quise recordarte que todo el mundo nos está mirando.

Se volvió Sigurd hacia la emisora de televisión. Un caudal de carcajadas brotó de su garganta.

—Perdón —solicitó a los oyentes—; Trysil y yo os pedimos perdón a todos por esta pequeña distracción... Nuestro gozo es inmenso, imposible de expresar con palabras. Hoy, por fin, hemos sabido...

* * *

—...por fin, hemos sabido que los invasores de «Muerte» no son invencibles. Todos vosotros habéis podido ver con cuán sencilla arma se inflige la derrota. Desde este apartado rincón de Noruega, Trysil y yo hacemos un llamamiento a todos los meteorólogos del mundo para que desarrollen una labor conjunta cuyo fruto constituirá la victoria definitiva. Es necesario provocar un diluvio universal, en pequeña escala por supuesto, que dure aproximadamente una semana. Hay que sitiar al enemigo, sacarlo de sus escondrijos, obligarle a presentar batalla y aniquilarle a continuación. La tarea exigirá de cada uno de nosotros inevitables sacrificios y heroicos derramamientos de sangre. Pero es hora de que salgamos de este marasmo cobarde en que nos hemos refugiado y hagamos algo por la vida, por el bienestar de nuestros hijos y la paz duradera en la Tierra. Ni un minuto más de resignación. La Humanidad debe sonreír y entonar cánticos de esperanza. Trysil y yo, simples y humildes ciudadanos, hemos puesto la primera piedra en el baluarte de la salvación. ¡Buenas noches, querido amigos!...

—¡Brava pareja! —exclamó Brent Sprague cerrando la conexión—. Se han jugado la vida a cara o cruz con una sonrisa en los labios. Nada me ha hecho sentir tanta emoción como la escena que acabamos de ver.

—¡Son periodistas, Brent! —saltó Gwen gozosa—. ¡Cómo les envidio la suerte que han tenido! ¡Un reportaje maravilloso, sensacional, único en la historia de la televisión!

Brent asintió gravemente.

—Un reportaje que probablemente les costará la vida. Me agradaría conocerles. Sí, creo que sería una buena idea llevarles con nosotros. Claro es que el periodismo no es una profesión provechosa para un viaje interplanetario. Es una verdadera lástima...

—¿A qué te refieres? —inquirió Gwen perpleja—. ¿De qué viaje estas hablando y qué tienes en contra de nuestra profesión?

—La Tierra es un buen sitio para darle la batalla a los «invisibles» —contestó Brent—, pero lo interesante sería cortar las raíces de la invasión, destrozar al enemigo en su cubil. Un ataque combinado en los dos frentes no dejaría lugar al fracaso. Y eso es lo que vamos a hacer, Gwen. ¿No te gustaría conocer un planeta invisible?

Gwen se estremeció.

—Me crees más valiente de lo que soy —dijo—. No, Brent; no debes intentarlo siquiera.

—Iremos al planeta «Muerte» —prosiguió él sin hacer caso de la objeción—. Una expedición compuesta por diez astronaves. Y tú vendrás con nosotros. Al regreso nos casaremos...

—Estás loco, Brent. ¿Cómo es posible ir a un planeta que no podemos ver y luchar contra ese enemigo igualmente invisible? Sus naves nos destrozarían impunemente, caerían sobre nosotros en la oscuridad sideral sin damos tiempo a replicar. Es un proyecto absurdo, querido. Nadie querría ir contigo.

Brent encendió un cigarrillo. Las líneas de su rostro componían una máscara inescrutable.

—Unos simples periodistas nos han dado el ejemplo a seguir; pusieron en práctica un proyecto infinitamente más absurdo que el mío. Y tú los admiras. Me duele que no tengas esa misma confianza conmigo, cuando, en realidad, nuestras vidas están marcadas. Quizá no tardemos en sucumbir una hora, un día o una semana. No pienso insistirte, pero sí quiero hacerte ver que en ningún sitio estarías tan segura como a bordo de una astronave.

—Pero, ¿y el ir a ciegas? —volvió a objetar Gwen con las mejillas encendidas como la grana—. Esa es una dificultad irresoluble; por lo menos a mi corto entender.

Brent sacó de su bolsillo el estuche que contenía la media docena de lentes del profesor Williams.

—Esta es la solución —dijo con acento solemne—. Puesto que nadie en la Tierra posee el valor suficiente para fabricar las necesarias en una expedición no quedará otro recurso que montar un laboratorio ambulante.

—¿Un laboratorio ambulante? —inquirió Gwen sin comprender.

—Exactamente. De las diez astronaves que compondrán la flota, una de ellas anticipará la salida el tiempo necesario para que a su bordo se lleve a cabo la fabricación de unas cuantas docenas de lentes, de distintos tamaños y acoplables a todos los instrumentos ópticos de navegación. Además, no olvides que el radar detecta toda clase de objetos visibles o invisibles.

Gwen quedó un instante pensativa.

—No... no es tan disparatado el plan —declaró sonriente—. Puedes contar conmigo, si me perdonas por lo que dije anteriormente.

Brent la besó.

—Estás perdonada. Ahora lo interesante es ponemos en contacto con Sigurd Krögen y Trysil Björn. No sería justo dejarles a un lado en esta empresa.

Pero no hubo necesidad de ello, pues los recién casados periodistas noruegos emprendían horas más tarde el vuelo directo a Chicago para reunirse con Brent Sprague.

CAPÍTULO VIII

El hombre inventó la rueda cuando llegó al convencimiento de que por sus propios medios de locomoción no podría satisfacer el instinto viajero. Y después inventó la onda para evitar que otro individuo de superior envergadura le arrebatara la rueda. De ello se deduce la primera de las leyes económicas: una necesidad engendra otra y así sucesivamente. Ahora vayamos al caso que se nos plantea. ¿Por qué los «invisibles» no utilizan arma alguna? La respuesta es muy sencilla: porque no la necesitan. Significa esto que en el planeta «Muerte» no existen rencillas, ni desacuerdos ni conflictos bélicos. Todo el mundo vive allí en completa armonía. Han alcanzado un superior grado de civilización sin desviarse hacia apetencias ilícitas o a degradaciones morales. Podrán argüir ustedes qué razones de índole exterior pudieran hacerles necesitar de un armamento puramente defensivo. A mi modesto entender la objeción carece de fundamento sólido. Dando por sentado que los habitantes de dicho planeta están más adelantados técnica y cerebralmente que sus vecinos de otros mundos, y acatando la creencia de que ellos lo saben perfectamente, es de suponer que se basten de sus fantásticas dotes incorpóreas para lograr las invasiones. Las precauciones defensivas no les hacen falta porque jamás pueden esperar que nadie les descubra. El planeta que les sirve de morada es invisible, sus enseres, maquinaria y medios de locomoción los son igualmente; y en cuanto a ellos los moradores, les ocurre otro tanto. ¿No están de acuerdo conmigo, amigos míos?

Brent Sprague no contestó inmediatamente a la pregunta. Su expresión concentrada era signo evidente de que parte de la teoría esbozada por Sigurd Krögen no encajaba en sus apreciaciones. Se hallaban en la terraza de un pequeño hotel situado en las afueras de Chicago. Formaban parte del grupo, Trysil Björn y Gwen Mayo. La noche era tibia y se apetecía la sobremesa después de una abundante cena. Escasos comensales les rodeaban y sus conversaciones apenas si se distinguían dominadas por el contrapunto de una orquestina de baile.

—Dice usted que esa extraordinaria raza ha evolucionado libre de apetencias ilícitas —repitió Brent lentamente—. Sin embargo, han demostrado un instinto bestial, sanguinario. Las estadísticas de asesinatos en masa o individuales no revelan precisamente un espíritu evangelizados

—Llámelo como quiera, Sprague. Pero sea sincero consigo mismo y reflexione sobre la conducta que seguiríamos nosotros, los terrícolas, si

nuestro mundo estuviera al borde del caos, de la desintegración, o amenazado por la colisión de otro astro. Póngale un plazo a esa amenaza; un año, dos, tres... ¿Enviaríamos embajadas pacifistas a Venus o Marte por ejemplo, en el caso de que ambos planetas estuvieran habitados, o por el contrario emigraríamos utilizando los argumentos más convincentes? Tenemos el caso de Alemania. La causa de sus guerras fue siempre la misma: la expansión de sus fronteras. O vivir o morir... Entre las dos alternativas no hay elección. ¡Vivir siempre!

—Entonces, si reconocemos que son justos los anhelos de los invasores nuestras creencias cristianas deben aconsejamos intentar la convivencia y ser hospitalarios. ¿No es eso, Krögen? —inquirió con acento irónico.

—Se aparta usted de la cuestión. Ya le expuse las dos alternativas: o vivir o morir. Si queremos vivir, impulso puramente cristiano, debemos defendernos; y la defensa no es otra que matar. Si alguna mente privilegiada ofrece mejor solución, yo la aceptaré de buen grado. Mientras tanto procuraré que mi luna de miel se prolongue indefinidamente.

—Las discusiones ayudan a agrandar la perspectiva —intervino Gwen—; pero no veo necesidad de ellas si en el fondo del asunto estamos de acuerdo. Lo que ahora hacemos es divagar en busca de una verdad que no nos afecta demasiado. Como dice Sigurd, lo primordial es vivir. Luego ya se encargarán las futuras generaciones de investigar y analizar las causas de la primera guerra interplanetaria.

Sonrió Sigurd.

—Siempre el sentido práctico de la mujer —declaró—. No me negará, Sprague, que después de lo dicho por su prometida nada interesante hay que agregar.

Trysil miró su reloj de pulsera.

—Pasan ya de las nueve —dijo en su dificultoso inglés—. Debemos darnos prisa si queremos llegar a tiempo.

Brent Sprague pagó las consumiciones y acto seguido, abandonaron el restaurante.

En el automóvil reactor del joven americano se trasladó el grupo a una de las márgenes meridionales del lago Michigan. Después, a bordo de una lancha navegaron por un trayecto aproximado de diez millas.

Fue Gwen la primera en distinguir las luces de una lejana embarcación.

—Ese debe ser el «ferry-boat» del general Spatson —dijo—. ¿Habrán muchas mujeres en la reunión, Brent?

—Supongo que vosotras dos solamente —respondió el interpelado—. Realmente es para sentirse orgullosas. Seréis las únicas en surcar los espacios

siderales. Quizá traigáis al regreso nuevas ideas para las modas venideras — finalizó bromeando.

Cinco minutos más tarde daba comienzo la referida reunión. En ella el general Spatson iba a plantear las cuestiones inherentes a la expedición proyectada conjuntamente por Brent Sprague y Sigurd Krögen. Razones de seguridad personal impusieron que el lugar escogido fuera el lago Michigan. Entre los asistentes se contaban Justus Szílard biofísico especialista en materia nuclear; Ross Quint comandante de la primera expedición al planeta Venus; Alfred Richardson director del Centro Astronómico de White Sands y Ned Hawkins experto en gravitometría.

El general Raymond Spatson era un hombre alto, desgarbado, más entrado en años de lo que representaba y de facciones que bien podían definirse como agresivas.

Su voz acalló el rumor reinante en la cámara de oficiales.

—El proverbio inglés dice que el tiempo es oro —comenzó con su voz grave y doctoral—. Como quiera que todos coincidimos en ese punto, vamos a concretar los detalles principales de la expedición. Esta constará de diez astronaves tipo «Noyer-2» además de las dos modelo «Júpiter» que actualmente ofician de laboratorios en la órbita lunar. Cada astronave llevará una dotación máxima de cinco hombres con objeto de que las cargas de combustible, ácido nítrico e hidracina, permitan el mayor radio de acción posible. Previo asesoramiento del Consejo Astronáutico he confeccionado la lista de las dotaciones. Constarán en conjunto de veinticinco pilotos, seis expertos en ingeniería electrónica, cinco ingenieros mecánicos, un astrónomo, un técnico en balística, un fotógrafo, un geoquímico y diez comandantes que asumirán simultáneamente los cargos de médicos, estrategas y otras especialidades complementarias. La labor directiva del equipo estará a cargo del mayor Brent Sprague, con la ayuda de los señores Szílard, Richardson, Quint y Hawkins, aquí presentes. Espero de ustedes me concedan el voto de confianza para refrendar la elección.

Un murmullo de voces de asentimiento fue la respuesta unánime.

—Gracias, señores —continuó Spatson—. Celebro que estén todos de acuerdo. En realidad, como antes he dicho, se trata de una labor de equipo en el que todas las piezas son fundamentales. Si he escogido al mayor Sprague es porque, además de reunir extensos conocimientos en muy diversas ramas astronáuticas, posee valiosas experiencias adquiridas en anteriores expediciones. Y también —al llegar aquí Spatson sonrió—, porque le corresponde honoríficamente. El capturó al primer «invisible» y trazó el bosquejo del presente plan.

Raymond Spatson hizo una pausa para descansar. Durante la misma paseó su mirada por los rostros de los circunstantes. En todos ellos leyó la

aprobación y el espíritu de lucha. Finalmente escrutó al trío compuesto por las dos mujeres y Sigurd Krögen.

—Hay otra labor a realizar —prosiguió—; la puramente administrativa. De este modo convertiremos a tres pasajeros en tres útiles miembros del equipo. Convendrán ustedes conmigo en que es de estricta justicia que compartan los riesgos y honores de la misión que hoy mismo comienza para nosotros y que ellos iniciaron hace algunos días. Dicho esto y puntualizando que la expedición partirá el jueves próximo, o sea dentro de tres días, sólo me resta añadir que espero de cada cual lo que se puede aportar. Le dejo en el uso de la palabra, señor Slízard.

Justus Slízard se puso en pie. Era un individuo fornido, de edad que oscilaba entre los treinta y cuarenta años, elegantemente ataviado y de aspecto quizá un tanto presuntuoso. Su reputación de físico en materia nuclear no admitía competencia en el orbe. Y él mismo se asombraba de sobrevivir cuando colegas suyos de menor catalogación habían sucumbido víctimas de los «invisibles».

—En el año 1952, recién graduado yo en física nuclear, Alberto Einstein me escribió una carta en la que, entre otros términos, decía: «Para mí es suficiente saber que la supervivencia del ser humano está en duda si no se logra una solución suprarracional». Resulta obvio que ya entonces Einstein se refería a la bomba de cobalto —Slízard se detuvo para lograr una pausa efectista—. El tiempo le dio la razón al ilustre sabio. Hoy nadie ignora que las armas atómicas que ya existen pueden aniquilar la raza humana. Significa esto que el hombre ha alcanzado y rebasado el poder de destruir al mundo y convertirlo en un lugar inhabitable; una amenaza que ha pesado angustiosamente sobre la Humanidad y que ahora se transforma en esperanzadora ilusión. Si la Tierra se puede destruir otro tanto ocurre con el planeta «Muerte», con la diferencia a nuestro favor de que dicho planeta necesitará menor esfuerzo destructivo, en proporción de uno a diez. Mencionaré de pasada mis cálculos al respecto. No pecaré de optimista al afirmar que una bomba de cobalto de tres mil toneladas produciría suficiente polvo radioactivo para envenenar la atmósfera del planeta «Muerte» cualquiera que fuese su composición. Esta cantidad de deuterio se halla almacenada con creces en los arsenales secretos de Los Alamos. En una explosión de tal tipo se producirían cerca de veinte toneladas de neutrones; ahora bien, la misma cantidad de deuterio repartida en diez bombas daría lugar a un esparcimiento de la radioactividad capaz de aniquilar todo ser viviente del planeta en un plazo no superior a las veinticuatro horas. Este es un hecho cierto, irrefutable y experimentado con largueza. Pero muy a menudo se ha planteado la cuestión de si una bomba de cobalto, al estallar, puede desencadenar una reacción nuclear en un planeta dado, y así convertirlo en estrella. La ocasión que ahora se nos presenta disipará todas las dudas. En mi opinión, la radiación producida por las reacciones termonucleares en el

interior de las estrellas, no encuentra dificultad para expandirse. Como la radiación es constantemente absorbida por los átomos y reenviada en nuevas direcciones, la expansión del calor mantiene la alta temperatura de la estrella, que a su vez, permite se mantenga la fusión. O bien puede suceder que una reacción en cadena haga volar totalmente el planeta convirtiéndolo en un nuevo enjambre de asteroides. De modo, señores, que no existe el menor motivo de preocupación en lo referente a nuestra capacidad ofensiva. Si las astronaves terrestres logran penetrar en la zona gravitatoria del planeta «Muerte» lo demás será cosa fácil. Es de interés secundario que la raza «invisible» perezca por los efectos de la radioactividad o que el propio planeta sea pulverizado. La amenaza sobre la Tierra habrá cesado por los siglos de los siglos. Diez astronaves y diez bombas de cobalto constituyen la última palabra en este sentido. Si alguno de ustedes desea formular preguntas aclaratorias estoy dispuesto a contestarlas.

Brent Sprague se levantó.

—Con su permiso, señor Slízard; coincido con usted en lo expuesto, pero ¿no hay posibilidad de que el planeta «Muerte» sea inmune a las explosiones atómicas y a su radioactividad? No debemos olvidar que nos hallamos ante una materia desconocida.

—Pero materia al fin y al cabo. Tanto da que los electrones giren en un solo plano como en dos; la fisión se producirá igualmente. No es por ahí por donde surgirán las dificultades, señor Sprague. ¿Alguna otra pregunta?

Se produjo un silencio expectante. Sin embargo. nadie alzó la voz para solicitar aclaraciones.

El siguiente en hablar fue Ney Burton, enlace técnico entre las dos astronaves «Júpiter» y el Departamento de Gobierno.

—Hace un par de horas recibí un informe del comandante Mantell —declaró—. Los trabajos encaminados a la obtención de las lentes «Fresnay» están muy avanzados. Para el jueves, día de la partida se contará con el material suficiente para la expedición. Por cierto que Mantell y los suyos han hecho un descubrimiento de suma importancia. Nada menos que, desde su órbita lunar, han podido captar el vuelo de cinco escuadrillas «invisibles» compuestas por tres astronaves cada una. Al parecer, la trayectoria que llevaban les conducía a las bases de partida. Probablemente huían de la amenaza que se cernía sobre ellas.

—Muy interesante, Burton —aprobó el general Spatson—. Tal vez tenga eso que ver con la calma reinante durante las últimas veinticuatro horas. De todos modos, es posible que no huyan sino que regresen a por refuerzos o a Dios sabe qué. ¿Ha informado Mantell sobre la forma de dichos artefactos y sus características?

Ney Burton asintió.

—Las astronaves son platillos volantes —dijo. Exactamente iguales a los que la gente testimonia haber visto desde hace veinticinco años. Sus tamaños oscilan entre los diez y los cincuenta metros de diámetro, y en sus estructuras no se aprecian signos de ir armados. Desplazan velocidades superiores a las diez mil millas por hora sin producir el menor sonido.

Alfred Richardson, director del Centro Astronómico de White Sands, pidió con un ademán hacer uso de la palabra. El general Spatson se lo concedió con otro gesto.

—El informe del comandante Mantell confirma mi teoría sobre las supuestas visiones de los platillos volantes —dijo Richardson—. La gente los ha visto pero jamás ha podido fotografiarlos; o sea que su existencia ha sido dudada por este serio inconveniente. Sin embargo, el radar los ha captado. Les explicaré cómo determinadas personas han tenido el privilegio de presenciar el paso de unas astronaves «invisibles». Lo mismo un objeto opaco que uno transparente se reflejan en el espacio por inversión de temperatura en las capas de aire ionizado. La demostración está en los frecuentes errores del radar durante la última guerra al detectar imágenes concretas que no eran sino nubes ionizadas, invisibles a simple vista. De modo que ya tenemos a los «objetos no identificados» como auténticos platillos volantes procedentes del planeta «Muerte». Cierto que son «invisibles», pero es cierto también que por combinación de determinados fenómenos naturales, reflexión de las ondas luminosas o inversión de temperaturas, han llegado a materializarse a los ojos de numerosos espectadores.

El general Spatson se levantó.

—Y escuchado el informe general —dijo— pasaremos a revisar los preparativos de la partida. Como primer punto daré a conocer los componentes de cada dotación. Usted Richardson y usted Hawkins...

CAPÍTULO IX

Se controlaron apremiadamente los detalles por última vez. Todo había sido verificado ya con rigurosa meticulosidad; pero cuando apareció la columna de humo rojo, los técnicos en radar no pudieron dejar de revisar las conexiones de los cables.

Diez astronaves «Noyer-2» se alzaban completamente verticales sobre sus respectivas plataformas de concreto reforzado. Los alrededores se hallaban desiertos, sin aparentes signos de vida. Llovía densamente desde cinco horas antes. Era aquella la lluvia provocada artificialmente por los meteorólogos y su distribución alcanzaba a casi la totalidad de las zonas terrestres consideradas mayormente vulnerables a la invasión de los «invisibles».

En la torre levantada al efecto, apareció un potente destello rojo. Simultáneamente, en las diez astronaves se abrieron las válvulas reguladoras del combustible. El oxígeno líquido y el alcohol, derramándose por los tubos hacia los motores, entraron en combustión. Se produjo un ruido indescriptible que ensordeció a todo el personal de la base de «Los Alamos». Dentro de los cohetes, la unión del agua oxigenada y la hidracina dieron lugar al vapor que comenzó a hacer girar las ruedas de las turbinas.

Y cinco segundos después, las astronaves se hallaban en el aire, apoyadas sobre la corriente de fuego que expelían por las toberas posteriores. El principio de la ascensión fue lento, casi inapreciable; pero esta sensación duró poco. Antes de que la vista se hubiera acostumbrado a aquella velocidad, los diez cohetes rebasaban los dos mil metros de altura. El horrísono fragor de los motores persistió en la base, aun cuando las estelas ígneas que denotaban la posición fueron absorbidas por la espesa capa de nubes.

El hombre había dado el primer paso que le llevaría a intentar la salvación de la Tierra...

* * *

La desagradable sensación se tornó punto menos que insoportable. Realizando un esfuerzo sobrehumano, Brent Sprague levantó un par de pulgadas su cabeza para mirar alrededor. Los tres individuos que yacían en las literas tenían contraídas sus facciones en muecas que revelaban el enorme

grado de sufrimiento.

La primera etapa ascensional llegaba a su término. Habían transcurrido ochenta segundos desde el despegue. La terrible aceleración suponía una carga de «9g» sobre cada tripulante [4]. Cuatro segundos más tarde, iniciada la segunda etapa, descendió la aceleración a «4g»; y ciento veinte segundos después era reducida la carga a la gravedad normal.

Brent se quitó las correas que le sujetaban a la litera y se incorporó un tanto mareado. Instintivamente alargó una mano al cuadro de mandos adosado a su derecha y oprimió el botón que ponía en funcionamiento los magnetos generadores de la gravedad artificial.

—Tres mil doscientas millas de altura —leyó una voz a su espalda—. Ya falta un poco menos, amigos.

El que así había hablado era Ray Lemont, geoquímico de la expedición; un individuo sumamente joven, corto de estatura y de cabello tan rojo como la zanahoria. Tenía fama de parlanchín y no la desmintió ya que, en efecto, de él fueron las primeras palabras pronunciadas en el interior de la astronave.

—Sí, falta menos —concedió Elmer K. Ridbleton—. Solamente doce millones de millas. Como quien dice, «Muerte» está a la vuelta de la esquina. Un poco de formalidad, querido Lemont.

—Llevo cinco años conociendo pilotos y todavía no me he tropezado con uno medianamente optimista —contestó el pelirrojo—. ¿Qué son doce millones de millas para una astronave que vuela a treinta por segundo? Seis días de navegación; lo que antes costaba ir a la Luna.

Ridbleton le dirigió una mirada de olímpico desprecio y fue a reunirse con Sprague en el compartimento contiguo. Por medio de fonovisor etérico, Brent se hallaba pasando revista al resto de la escuadrilla. Después de cambiar una breve impresión con los respectivos comandantes bromeó alentadoramente con su prometida Gwen. Esta todavía no había salido de la reciente impresión, y llevaba impresas en su rostro las señales del pánico.

—No notarás nada de ahora en adelante —le dijo—. Si acaso, un poco de aburrimiento. Ponte en contacto conmigo cuantas veces lo creas necesario; hay tiempo de sobra para conversar.

—Seis días, señorita Mayo —intervino Ridbleton—; el tiempo suficiente para envejecer seis siglos. ¿Qué le ha parecido el espectáculo del cielo?

—Fascinante. Nunca pude imaginar que las estrellas fueran tan grandes y el cielo tan negro. Vale la pena venir para verlo.

—Vale la pena quedarse para que se lo cuenten —contestó el piloto irónicamente—. Antes de que pasen muchas horas cada estrella se le antojará un infierno.

—No le hagas caso a Ridbleton —aconsejó Brent—. Es el clásico aguafiestas. Lo único bueno que tiene en su haber es que siempre dice lo contrario de lo que piensa. Y ahora perdóname, Gwen; tengo que atender a unos pequeños detalles de régimen interior. Te llamaré luego. Corto.

Cogiendo a Ridbleton por el brazo, Brent salió de la cámara de radiocomunicación.

—¿Por qué no viaja la señorita Mayo en esta nave? —preguntó el piloto —Tengo entendido que están ustedes prometidos.

Sprague sonrió.

—Órdenes superiores. El general Spatson me dio a entender diplomáticamente que la presencia de Gwen, en mi nave podría constituir un lastre en el desempeño de mis funciones. De todos modos tengo que agradecerle que accediera a admitirla en la expedición. Su misión es prácticamente nula.

—Usted no debió consentir que ella viniera. No me agradaría cargar sobre mis espaldas semejante responsabilidad.

—La vida de Gwen corría infinitamente más peligro en la Tierra. No olvide que se salvó milagrosamente de un atentado.

—Pero aquí moriremos todos —aseguró Ridbleton con acento sombrío—. Moriremos sin remisión, Sprague. Usted lo sabe perfectamente.

—Si lo sé me lo callo —contestó Brent bruscamente—. Y usted hará lo mismo en lo sucesivo.

—Como guste —el piloto se encogió de hombros—. En mi opinión vale más estar preparados para lo peor que sentir un estúpido regocijo.

—Nadie siente un estúpido regocijo.

—Usted le llama espíritu de lucha. Cuestión de pareceres.

Y sin aguardar las posibles objeciones del comandante de la expedición. Ridbleton se introdujo en la estrecha cabina de pilotaje. Después de revisar escrupulosamente los controles se sentó junto al piloto automático y encendió un cigarrillo.

—Buen chico pero iluso —se dijo refiriéndose a Sprague—. Daría mi brazo derecho porque triunfara...

Al entrar Sprague en la cámara de la tripulación, una esfera de cinco metros de diámetro atiborrada de instrumental y depósitos de víveres, Ray Lemont asediaba con su incansable verborrea a Sigurd Krögen y a Piero Marcusse, restantes miembros de la dotación. Marcusse era uno de los cinco astrónomos del grupo terrestre. De imponente complexión física y pausados modales, parecía mucho más viejo de lo que realmente era. El pelo y la barba,

de un gris casi blanquecino, le cubrían la mayor parte del rostro; un rostro de facciones bondadosas en el que la expresión de amabilidad casi rayaba en timidez.

—...y cuando todo el mundo creyó que iba a ganar «Petiso» se le adelantó «Mickey» y cruzó la meta con una ventaja de dos cuerpos —decía Roy exaltado—. Las apuestas se pagaron a ciento cincuenta dólares para ganador y colocado. Creí volverme loco de alegría y fui a cobrar los boletos. No había nadie en la taquilla, lo cual quiere decir que yo era el único que depositó la confianza en aquel potro. Con los billetes en la mano, alguien me golpeó en el hombro. Me volví extrañado. «Véngase con nosotros y aprenderá a no «dopar» otro caballo en su vida», me dijo uno de los policías. ¿Creen ustedes que me sirvieron de algo las excusas y coartadas? ¡Por cien mil legiones de bacilos! Aquellos tipos me tuvieron encerrado durante un mes... ¡Yo, Ray Lemont «dopando» caballos! ¡Habráse visto desfachatez...!

—Pero ¿cobraste los boletos? —quiso saber Sprague sonriendo humorísticamente.

El pelirrojo bioquímico quedó un instante desconcertado.

—¡Cómo diablos quieres que lo sepa si aquello fue un sueño! —contestó al fin —¿O crees de verdad que estuve en una cárcel?

—Me dio la impresión de que referías un hecho verdadero.

—Estábamos hablando de los caprichos del subconsciente. El profesor Marcusse dice que en una ocasión soñó con tortugas voladoras.

El astrónomo esbozó una sonrisa de disculpa.

—No eran tortugas precisamente—dijo—. Por su forma y color parecían más bien «clamidosaurios». No estoy seguro, ¿saben?

Sprague se sentó al lado de Marcusse.

—Dentro de siete minutos —dijo tras consultar la hora —rebasaremos la órbita en que se desplazan las astronaves laboratorio. ¿Quiere usted profesor, encargarse de los cálculos necesarios para entrar en contacto con las mismas? Es preciso realizar el transbordo de material cuanto antes. No me agrada viajar a ciegas.

—Eso me recuerda aquella vez que mi sirviente obstruyó el tubo del microscopio y lo vi todo negro. No se puede hacer una idea de...

—Lo contarás luego, Lemont —interrumpió Brent sin miramientos—. Verifica la posición con las restantes astronaves mientras yo me pongo en comunicación con los equipos del comandante Mantell.

—¿Le puedo ser de alguna utilidad? —inquirió Sigurd Krögen.

Brent echó una mirada a su alrededor.

—De momento no —replicó—. Pero permanezca atento a lo que ocurra. Tal vez nos tenga que ayudar en el transbordo.

Sprague se dirigió nuevamente al fonovisor. Estableció primero contacto con la Tierra.

Tras los saludos de rigor pidió la posición de las naves laboratorio para confrontar sus datos.

—Anote, comandante Sprague —instruyó la voz transmitida desde la base de «Los Alamos»—. La órbita de las dos naves con respecto a la Tierra se distancia en 279.480 kilómetros. Hallará usted las posiciones respectivas en el cuadro «Esfinge K-98».

—Bien. Corto—. Brent trató de sincronizar con el comandante Mantell. Breves instantes después lograba la comunicación —¡Hola, Mantell! —saludó—. Estamos a punto de avistaros. ¿Cómo van los preparativos?

—Sin novedad —contestó Mantell. Su rostro jovial sonrió en la pantalla visora—. Estamos verdaderamente impacientes por unirnos a vosotros. Tenemos dispuesto un centenar de pares de lentes «Fresnay» e igual cantidad de cristales ópticos para aplicar a los instrumentos de navegación. Los laboratorios siguen fabricando con destino a la Tierra. El problema es cómo expedirlos.

—Trataremos de resolverlo—. Brent consultó la esfera de su cronómetro—. Faltan dos minutos para que entréis de lleno en el campo visual. Atención a la reducción de velocidades... Comprobemos los datos...

De pronto, la imagen desapareció de la pantalla quedando ésta en blanco. Sonó un leve chasquido y después el silencio.

Alarmado, Sprague revisó el funcionamiento del fonovisor etérico. No había ninguna avería en él.

—¡Han cortado la comunicación! —su ceño se arrugó por la preocupación.

—Sintonice con la otra astronave —sugirió Sigurd a sus espaldas.

Antes de que terminara de decirlo, Sprague pasaba una y otra vez la aguja del dial por el punto que correspondía a la onda deseada. El resultado fue la sucesión de rayas parasitarias en la pantalla.

—Es extraño —murmuró—. No contestan a la llamada... Y no parece que haya interferencias.

La puerta de la cabina se abrió bruscamente. Apareció en el umbral Ridbleton. Su rostro estaba pálido como la cera.

—¿Quiere venir, Sprague? —dijo con voz ronca—. Es urgente.

Brent se volvió hacia Sigurd.

—Cuídese del fonovisor —ordenó—. Comunique a «Los Alamos» lo que ocurre...

—No lo haga —interpuso el piloto—. Por lo menos hasta que el comandante Sprague disponga si es conveniente o no. Dése prisa, por favor.

Intrigado, Brent pasó a la cabina.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Ridbleton señaló el diminuto telescopio giratorio equipado con lente «Fresnay».

—Mire a estribor, «vector 187-54» —dijo—. No sé si todavía los verá.

Sprague aplicó el ojo al visor al tiempo que hacía girar el tubo en la dirección indicada por el piloto.

El corazón comenzó a latirle apresuradamente al distinguir en la oscuridad sideral una serie de destellos verdes en correcta formación que avanzaba rauda hacia la enorme esfera blanca que era el planeta Tierra.

Irguiéndose clavó su mirada en la pantalla radárica. Preso de ansiedad contó hasta diecinueve objetos aplastados y de forma circular. Y a la derecha de la pantalla, avanzando en dirección contraria, podían verse los negros puntos que correspondían a las astronaves laboratorio. El encuentro era inminente, cuestión de segundos...

—¡Santo Dios! ¡Qué pretenderá Mantell!... ¡Ni a un loco se le ocurrirá presentarles batalla!

Sonó insistente el zumbador que indicaba la llamada de la astronave enlace.

—¡Conteste, Ridbleton! —ordenó Brent sin apartar la mirada del cuadro de radar.

Inspirado por un súbito presentimiento, Sprague oteó la negra inmensidad del espacio a través del mirador telescópico. Pudo ver solamente los brillantes reflejos de las dos naves de Mantell. Ni rastro de las otras diecinueve.

—¡Astronaves invisibles! —exclamó poseído por el furor. Y dejó escapar una fuerte imprecación.

Ridbleton volvió a su lado.

—Jeff Sidney pide instrucciones en nombre de la escuadrilla —informó —. Quiere saber si hay orden de ataque o pasaremos de largo.

—Dígale que aguarden hasta ver lo que ocurre —replicó Brent—. Añada también que los artilleros permanezcan en estado de alerta.

En la pantalla del radar las diminutas sombras continuaban aproximándose a creciente velocidad. Cinco segundos más tarde se produjo el choque entre las desiguales flotas. Las aeronaves invisibles se dispersaron ligeramente para rodear a las del capitán Mantell. Y de pronto, éstas desaparecieron del cuadro, como borradas por arte de magia.

Una expresión de angustia crispó las facciones de Brent Sprague. Ninguna hecatombe podía ser mayor que la que acababa de acontecer.

—¿Lo... lo ha visto? —preguntó Ridbleton con un hilo de voz.

Sprague se volvió lentamente. Su mirada se paseó por los semblantes de todos los miembros de la tripulación. Estos se habían agolpado en la puerta al oír las exclamaciones de Sprague.

—Ya sabéis lo que esto significa —dijo con acento desprovisto de matices —. Las lentes «Fresnay» se han perdido para siempre.

—Supongo que vengaremos a Mantell —apuntó Ray Lemont con una sonrisa siniestra en los labios.

—Fallamos en nuestras previsiones, Sprague —intervino Sigurd Krögen —. Siempre creímos que los «invisibles» carecían de armamento.

Sprague señaló la pantalla de radar.

—Faltan tres astronaves enemigas —contestó—. Estas y las dos nuestras desaparecieron simultáneamente, lo que quiere decir que chocaron entre sí.

—O sea que los adversarios provocaron dicho choque —declaró Piero Marcusse—. Astronaves «kamikazes»...

—Exactamente. Lo que no comprendo es por qué Mantell se dejó sorprender. ¿Por qué razón no dispararían?

—Eso mismo me pregunto yo —replicó Brent a Ray Lemont—. Y me temo que jamás lo sepamos.

La excitada voz de Ridbleton cortó la conversación.

—¡No podremos atacarles! —gritó —¡Están virando en redondo para huir!

Instintivamente Sprague miró el cuentamillas.

—¿Ha calculado usted sus velocidades? —preguntóle al piloto.

—Ligeramente superior a la máxima que podríamos imprimir a nuestros motores —contestó aquél—. Treinta y siete millas por segundo.

Con un gesto de dolorosa resignación Sprague se encogió de hombros.

—Que vuelva cada hombre a su puesto —ordenó—. Usted, Ridbleton, comunique a Jeff Sidney que no hay variación de consigna.

Por un instante, el piloto pareció que iba a hacer alguna objeción; más, sin añadir palabra ocupó su sitio ante los mandos.

Los demás salieron de la cabina. La consternación era general. En medio del mayor silencio, Brent Sprague se puso en comunicación con la Base de Los Alamos. Brevemente informó de lo ocurrido y expuso su intención de llevar a cabo la misión pese a todas las dificultades que entrañaba la pérdida del precioso material óptico. Durante un par de minutos permaneció a la escucha esperando que el general Spatson diera el visto bueno a su resolución. Transcurrido dicho tiempo, el locutor terrestre dio la conformidad y expresó en nombre del general un corto mensaje de aliento.

Piero Marcusse ofreció cigarrillos a todos.

—Me ha llamado la atención —dijo —un detalle para mí incomprensible. Las astronaves «invisibles» no dejaban tras sí el menor rastro luminoso. ¿Qué clase de propulsión utilizarán?

Sprague lanzó una bocanada de humo.

—Sí dejaban rastro luminoso —contestó—. Pero es necesario para verlo mirar a través de la lente «Fresnay».

—Más incomprensible todavía.

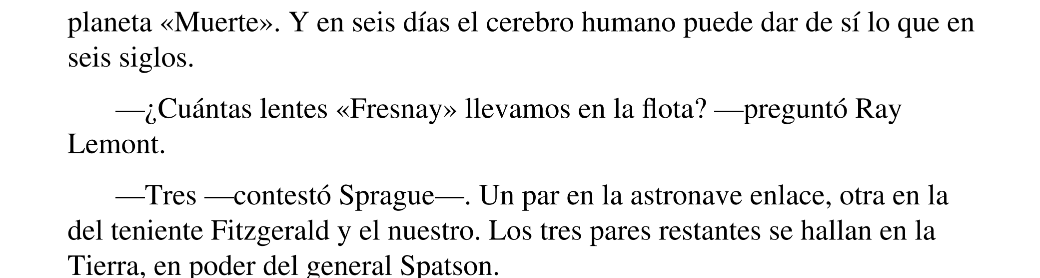
—La explicación es sencilla. Nuestras naves despiden residuos en ignición en forma visible porque proceden de materias visibles; por el contrario, si dichos residuos procedieran, como en el caso de las naves de «Muerte», de combustibles invisibles lo lógico es que la vista humana no los capte. Tenga en cuenta, profesor, que en el sentido comparativo óptico, los dos planetas en cuestión son totalmente opuestos, con la única diferencia de que el enemigo «sí nos ve» y nosotros a ellos no. Es la diferencia esencial entre la materia compuesta por electrones que giran en un sólo plano y la compuesta por los mismos electrones girando en dos planos distintos. Suponiendo, para aclarar este concepto, que un cristal sumamente traslúcido poseyera poder de captación visual éste vería perfectamente todos los objetos a su alrededor; en cambio, la vista humana sería capaz de ver el cristal si no existiera la limitación de los bordes. ¿Lo comprende ahora, Marcusse?

El profesor se acarició la abundante barba en un gesto reflexivo.

—Creo que sí. Eso representa una diferencia entre los «invisibles» y nosotros que sólo usted sabe cómo se compensará.

Una sonrisa escéptica hizo arquear los labios de Sprague.

—¿Dice usted que yo lo sé? No se haga ilusiones, Marcusse. Llevaremos la misión hasta el final porque tanto da morir en la Tierra como en las profundidades siderales. Pero quiero que conste que yo no tengo la menor idea al respecto... por ahora. De todos modos faltan seis días para llegar al



planeta «Muerte». Y en seis días el cerebro humano puede dar de sí lo que en seis siglos.

—¿Cuántas lentes «Fresnay» llevamos en la flota? —preguntó Ray Lemont.

—Tres —contestó Sprague—. Un par en la astronave enlace, otra en la del teniente Fitzgerald y el nuestro. Los tres pares restantes se hallan en la Tierra, en poder del general Spatson.

—Los «invisibles» sabían lo que se hacían al atacar al comandante Mantell —observó Sigurd Krögen—. Estoy pensando si...

—Lo ha acertado, Krögen —interrumpió Sprague—. Hemos caído en la mayor de las ingenuidades. Las astronaves enemigas captaron la conversación sostenida entre Mantell y yo, enterándose del asunto del transbordo de material óptico. Por esta causa les atacaron a ellos exclusivamente.

—¡Buen servicio de espionaje! —exclamó Lemont admirado.

Sprague sonrió sardónico

—El mejor de cuantos la Humanidad ha conocido —replicó—. Y a propósito, ¿Por qué no nos cuentas ahora uno de tus sueños? En ellos encontraste muchas soluciones a tus problemas...

CAPÍTULO X

Era aquel un caso peregrino en la Historia del Universo. ¡Diez astronaves, prácticamente desarmadas envueltas en la fabulosa misión de aniquilar un planeta!

Al quinto día de navegación, con los «Cuentamillas» señalando los doce millones de millas, Brent Sprague continuaba sumido en la más terrible de las incertidumbres. Las dotaciones aguardaban anhelantes las instrucciones a que someterse. El viaje tocaba a su fin; veinte horas escasas les separaban del ignoto destino. Enfocado por los telescopios dotados con lente «Fresnay», el planeta «Muerte» se mostraba del tamaño de un balón y su esférico perfil aparecía difuminado por una envoltura brumosa de enorme espesor. Entre los espaciados claros de esta atmósfera podían apreciarse los relieves de una corteza resquebrajada y abundante en hendiduras que se cruzaban diagonalmente. Vastísimas extensiones de una coloración rojiza fueron reveladas bajo el examen del espectroscopio como un elemento líquido de muy parecida composición al agua terrestre. Los cálculos verificados por Ray Lemont, geoquímico de la expedición, dieron como resultado que ocho décimas partes del globo estaban constituidas por los mares. Este era un dato interesante en extremo, pues permitía formular una hipótesis de lógico fundamento con respecto a la emigración de los «invisibles». Dada la vulnerabilidad de estos a los efectos del agua y siendo evidente que la fantástica abundancia del líquido elemento equivalía a una total e inminente desaparición de la corteza, se imponía la huida a otro mundo en el que poder subsistir. Por aquel entonces la humedad, las lluvias y las inundaciones tenían forzosamente que reducir al mínimo las condiciones de habitabilidad.

Las periódicas comunicaciones de Brent Sprague con la base de Los Alamos manteníanle al corriente del desarrollo de los acontecimientos en la Tierra. Desde la partida de los expedicionarios, la serie de desastres había disminuido considerablemente. Parecía como si la lluvia artificial hubiese restringido la libertad de movimientos del enemigo invasor. Por otra parte, una ininterrumpida sucesión de pequeñas explosiones nucleares revelaron que los «invisibles» sucumbían impotentes bajo las inclemencias atmosféricas provocadas por los meteorólogos.

La serenidad había comenzado a renacer entre los pueblos y ya se advertían signos de reorganización entre los dirigentes estatales. Quizá el origen de aquel resurgir esperanzador fuera la colectiva confianza depositada en Brent Sprague y sus hombres; confianza alentada ficticiamente por el

propio Sprague a través de las crónicas viajeras transmitidas por Sigurd Krögen, Trysil Björn y Gwendolyn Mayo.

Y en lo que se refería a la expedición, ninguna anomalía había surgido desde la destrucción de las dos naves laboratorio. Calma absoluta en todos los órdenes. El enemigo brillaba por su ausencia, las nubes de meteoritos no causaron el menor desperfecto y las máquinas respondían con absoluta regularidad. Un viaje en el que el tedio llegó a sustituir al temor y la preocupación.

De este modo penetraron las diez astronaves en la órbita gravitatoria del planeta «Muerte». Las correspondientes magnetos fueron automáticamente reguladas al progresivo peso de las naves.

Y fue entonces cuando comenzaron a ocurrir cosas raras.

Asomado al mirador telescópico, Brent Sprague contemplaba delante de él la impecable formación de las nueve astronaves que componían la escuadrilla. Al frente de todas iba la pilotada por Jeff Sidney, enlace de órdenes. Se distinguía de las demás por la violácea coloración de sus luces de situación.

La voz de Ray Lemont quebró el tenso silencio del compartimiento.

—Creo que nos preocupamos en exceso —dijo—. Como quien dice, la misión está cumplida. Con sólo abrir los depósitos de las bombas... Por fuerza irán a caer en el planeta, ¿no es cierto?

—¡Oh, no, señor Lemont! —objetó sumisamente el profesor Marcusse—. Yo no quisiera que usted se enfadase por llevarle la contraria. Si me permite explicarle...

—¡Pardiez! —interrumpió el pelirrojo geoquímico—. No se ande con rodeos, Marcusse. Si estoy equivocado lo dice y en paz. Aquí nadie se come a nadie.

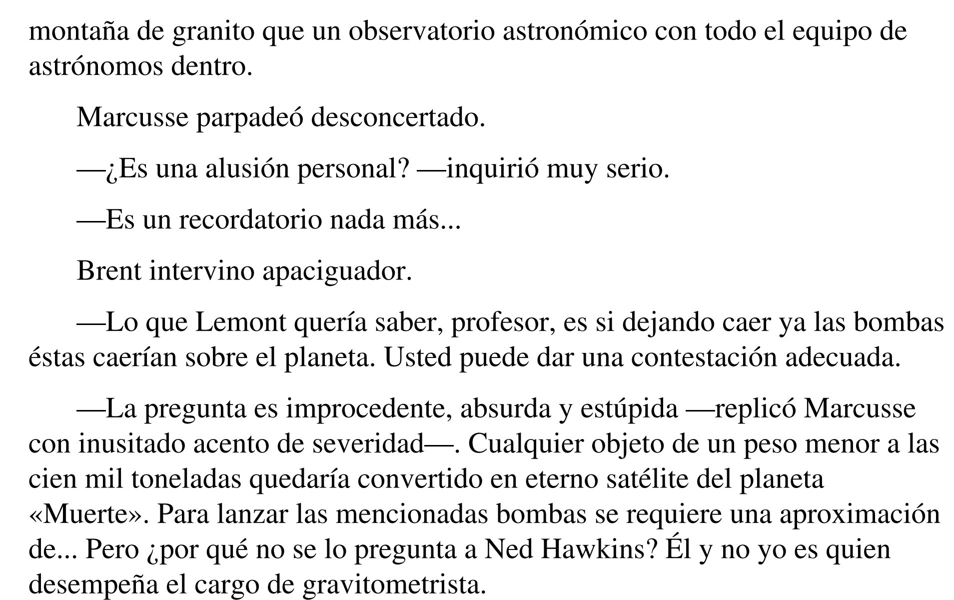
A través de la blanca barba, las mejillas del profesor enrojecieron.

—Mil perdones, señor Lemont —se excusó—. Mucha gente se excita a veces con las diferencias de opinión. No me gusta discutir, ¿sabe?

—Lo sé... lo sé, Marcusse —contestó Lemont impaciente. Si algo había que le sacaba de quicio era el ceremonioso modo de hablar del astrónomo italiano.

—¿De qué hablábamos, amigo? —preguntó Marcusse acariciándose la barba con ademán distraído.

—Hablábamos de bombas —silabeó Lemont al borde de un ataque de nervios—; de bombas de cobalto que estallan al estrellarse contra el suelo y pulverizan naciones enteras; de bombas que lo mismo desintegran una



montaña de granito que un observatorio astronómico con todo el equipo de astrónomos dentro.

Marcusse parpadeó desconcertado.

—¿Es una alusión personal? —inquirió muy serio.

—Es un recordatorio nada más...

Brent intervino apaciguador.

—Lo que Lemont quería saber, profesor, es si dejando caer ya las bombas éstas caerían sobre el planeta. Usted puede dar una contestación adecuada.

—La pregunta es improcedente, absurda y estúpida —replicó Marcusse con inusitado acento de severidad—. Cualquier objeto de un peso menor a las cien mil toneladas quedaría convertido en eterno satélite del planeta «Muerte». Para lanzar las mencionadas bombas se requiere una aproximación de... Pero ¿por qué no se lo pregunta a Ned Hawkins? Él y no yo es quien desempeña el cargo de gravitometrista.

Con las pupilas llameantes por la indignación, Ray Lemont se encaró airadamente con Marcusse.

—¡Detestable anciano! —increpó —Mis preguntas son tan estúpidas como su barba de chivo.

El astrónomo levantó la cabeza con altivez.

—Nuevamente incurre en error, señor Lemont; a la edad de cuarenta y dos años no se es todavía anciano. A lo mejor es usted más viejo que yo...

Exasperado, Lemont se volvió de espaldas.

—Llamaré a Hawkins —dijo a Brent al tiempo que manipulaba con los mandos del fonovisor.

El rostro adusto y estirado de Ned Hawkins apareció en la pantalla.

—Escuche, Ned —habló Lemont—: nos interesaría conocer con exactitud la distancia a que nos debemos aproximar para bombardear con éxito el planeta. ¿Tiene hechos cálculos al respecto?

— Sí —contestó el gravitometrista—. Dado que la masa de «Muerte» es dieciocho veces inferior al de la Tierra y que la suma de sus aceleraciones centrífugas corresponde a una escala de orden...

La imagen se borró del cuadrado luminoso.

—Esto sí que es raro —dijo Lemont—. Ven un momento, Sprague.

Pero Sprague parecía no oírle. Completamente inmóvil, permanecía junto al mirador telescópico con la mirada fija en la formación de astronaves.

Su tensa quietud intrigó a los demás.

—¿Qué te ocurre, Sprague? —inquirió Lemont acercándosele.

Brent le miró de un modo extraño. La palidez de su semblante indicaba bien a las claras que algo anormal acababa de presenciar. Su dedo largo y moreno señaló la escuadrilla

—La astronave de Ned Hawkins se ha desintegrado —contestó con voz desfigurada—. Una llamarada le envolvió y...

Se abrió la puerta de la cabina de pilotaje. Con las facciones alteradas por la angustia, Ridbleton se mostró a los congregados.

—Llamada urgente de Jeff Sidney —dijo. Y preguntó casi tartamudeando —: ¿Lo... lo han visto ustedes?

Un grito ahogado de Sigurd Krögen les hizo volver la atención al mirador telescópico.

—¡Dos astronaves más han estallado! —exclamó Lemont horrorizado.

—¡Las del teniente Fitzgerald y Justus Slízard! —completó Piero Marcusse—. ¡Por Júpiter que nos la han jugado buena!

A Brent Sprague se le heló la sangre en las venas al comprobar la veracidad que entrañaban las afirmaciones de sus compañeros de dotación. En aquel instante, su pensamiento voló hacia Gwen. El objeto primordial de la misión pareció haber perdido toda importancia comparado con lo que de un momento a otro podía sucederle a su prometida. E imaginó también el impacto emocional sufrido por Sigurd Krögen. Trysil y Gwen viajaban en la misma astronave; precisamente en la misma que mandaba el joven teniente enlace Jeff Sidney.

Dominado por el pánico, Brent echó una ojeada al radar. Este señalaba únicamente el vuelo de las seis astronaves terrestres.

—¡Incomprensible! —exclamó—. ¡Nadie las ha atacado!

—¿Quiere decir que se han destruido por sí solas? —preguntó Krögen.

Con la desesperación impresa en su cara, Brent se encogió de hombros.

—¡Cómo diablos lo voy a saber! —replicó.

—Jeff Sidney, señor —repitió Ridbleton—. Le está esperando...

Brent corrió al radioemisor etérico.

—Brent Sprague al habla —dijo—. Te escucho, Sidney.

—Los muchachos esperan instrucciones —habló Jeff excitadísimo—. Quieren saber si debemos regresar. Nadie sabe lo que ha sucedido a las otras astronaves...

—Prosigan el vuelo —ordenó concisamente Brent—. Dentro de un

minuto volveré a llamarte.

Sprague cortó la comunicación y acto seguido estableció contacto con la Tierra.

Rómulo Ninchi, jefe de la base de Los Alamos, transmitió el angustioso mensaje al general Spatson. La contestación de éste no dejó lugar a dudas.

—Continúen hasta el fin —replicó Rómulo Ninchi por boca del general.

Brent se mordió los labios hasta hacerse daño. Conectó ahora el fonovisor y llamó a Jeff Sidney. La imagen del enlace se reflejó en la pantalla.

—No hay contraorden —informó Sprague—. Adelante todo el mundo y ojalá que sirva para algo. Deseo hablar con Gwen.

El agraciado semblante de la joven sustituyó al de Jeff.

—Hola, querido —saludó con una triste sonrisa—. Anhelaba verte y hablar contigo. Ahora me siento más tranquila.

Brent le devolvió la sonrisa; sólo Dios supo el trabajo que le costó simular optimismo.

—Triunfaremos, Gwen —alentó—. Un pequeño tropiezo no significa nada. ¿Cómo van los ánimos por ahí?

—Tenemos fe en ti. Tú siempre fuiste un hombre de suerte. Tengo a mi lado a Trysil. ¿Puede saludar a Sigurd?

Brent se apartó para dejarle el sitio al noruego. Mientras los jóvenes desposados conversaban fue a reunirse con Piero Marcusse. El astrónomo no había perdido un ápice de su impasibilidad.

—Tal vez el estallido de las naves se deba a algún efecto de descompresión —declaró Marcusse—. Una escotilla que se abre o una válvula mal ajustada.

Brent le miró escéptico.

—Imposible —contestó—. Todas las aberturas comunicantes al exterior funcionan electrónicamente. Sólo el piloto puede accionarlas y nunca casualmente.

—Pero usted las vio estallar —insistió Marcusse—. Y si nadie las atacó, ¿dónde está la explicación? Porque no cabe pensar en sabotajes. Quizá Ray Lemont nos facilite la solución con uno de sus sueños...

La broma no le hizo la menor gracia a Brent. Pero sirvió para que le llamara la atención la inopinada ausencia del geoquímico.

—A propósito, ¿dónde está Lemont?

—Fue al lavabo hace largo rato —contestó el astrónomo—. Todavía no se

habrá enterado de la segunda parte de la catástrofe.

Guiado por un inexplicable presentimiento, Sprague se puso en pie. En ese instante regresaban a la cámara Sigurd Krögen y Ridbleton.

—Voy a buscar a Lemont —murmuró.

Ascendiendo por la escalerilla de aluminio, el comandante alcanzó el pasillo superior y llamó a la puerta del lavabo.

—¿Estás ahí, Lemont? —preguntó alzando la voz.

El silencio fue la respuesta.

—¡Ray Lemont! —gritó ahora Sprague.

Otro silencio sobrecogedor.

Sin dudarlo, Sprague abrió la puerta. El corazón le dio un vuelco al contemplar al pie de la ducha el cuerpo inerte del geoquímico. Una gran mancha de sangre se extendía a su alrededor.

Un examen superficial reveló el más inaudito de los hechos. ¡Ray Lemont tenía el cráneo fracturado!

Pero lo más extraordinario de todo, lo que a Brent Sprague le hizo sentirse como en un mundo de brujería, fue la presencia de una barra de hierro ensangrentada por un extremo que flotaba en el aire ante sus atónitos ojos.

Instintivamente dio un paso atrás, y la barra descendió con silbante ímpetu casi rozándole la cabeza.

CAPÍTULO XI

Vemos flotar el enorme disco del planeta a muy corta distancia de nosotros; según los cálculos recién verificados por Ross Quint, «Muerte» se halla ahora a una distancia aproximada de 452.000 millas. Lo que antes era una atmósfera densa, casi impenetrable, en el presente momento aparece como una tenue gasa amarillenta, permitiendo ver con diáfana claridad la curiosa superficie del mundo a donde nos dirigimos. La flota ha reducido su velocidad de crucero a quince millas por segundo. Esto quiere decir que dentro de nueve horas habremos llegado a la meta anhelada»

»En mi crónica anterior esbocé algunos detalles generales del enigmático planeta «Muerte». El nombre con que lo bautizó el desaparecido investigador Pierre Duval me parece apropiado. Es un mundo de eternas lluvias, exuberante vegetación en las escasas zonas de tierra firme, valga la expresión, y enormes mares rojos que cubren casi totalmente la superficie del globo. El género humano difícilmente podría subsistir aquí. Ross Quint asegura que el planeta debe contener fauna marina únicamente, y tal vez algunas especies anfibias. Para formarse un cuadro comparativo baste imaginar los primeros tiempos de la Tierra, cuando asomó de la pantalasa, hidrosfera o mar universal, el primero de los macizos terrestres. Sabido es que la superficie emergida del planeta en aquellas épocas remotas, fue ganando extensión en el transcurso de los períodos geológicos a costa del océano; y aún hoy en día es un hecho cierto que los mares dominan sobre la tierra firme. Lo mismo acontece con el planeta «Muerte». A juzgar por las perspectivas que se nos ofrecen a través del telescopio «Fresnay», el mundo a que nos dirigimos se halla en el principio de su evolución o quizá del ocaso. Forzando un poco a la imaginación incluso podríamos decir que «Muerte» se encuentra bajo la maldición bíblica, sufriendo los efectos del Diluvio semejante al padecido en la Tierra en tiempos de Noé. Siendo de este modo, se explica el éxodo de los «invisibles» hacia lugares aptos para su aclimatación, sustituyendo el «Arca» por las modernísimas astronaves fruto de una civilización superior.»

»Para finalizar el presente reportaje diré que todavía no hemos entrado en contacto con esos misteriosos seres constituidos por «electrones que giran en dos planos». Ignoro si llegaremos a verlos, o mejor dicho a adivinarlos; tampoco sus ciudades se hacen notar en la superficie del planeta. Casi todas las teorías sobre este extraño fenómeno coinciden en que dichos núcleos de población se hallan en las profundidades de la corteza sólida, a resguardo del agua, mortal elemento para sus moradores.»

»Y hasta dentro de unas horas, queridos oyentes de la Tierra, en que Gwendolyn Mayo volverá a hablarles de lo más importante que vaya aconteciendo. Señoras y caballeros, ¡buenas noches!...»

Gwen cerró el emisor. Jeff Sidney la miró sonriendo.

—No debió usted decir, «buenas noches» —corrigió—. En la Tierra es ahora de día... y de noche.

Gwen se sonrojó ligeramente.

—He perdido la noción del tiempo —contestó—. Siempre la misma oscuridad rodeándonos... A veces creo que viajo en un ataúd.

—¡Por Dios, querida! —protestó Trysil Björn. Has conseguido ponerme la carne de gallina Cuando albergues pensamientos tan tétricos disfrázalos con...

Peter Bentin, piloto de la astronave, salió de su departamento para reunirse con el grupo. Acercándose a Jeff Sidney le dijo algo al oído

Sidney se sobresaltó al escuchar la confidencia.

—¡No es posible! ¡Entonces sólo quedamos!... —se detuvo temeroso de alarmar a las mujeres.

Pero el ademán que siguió a sus exclamaciones fue tan revelador que no necesitó de aclaración. Cuando, al volverse, su mirada se clavó a través del mirador en el negro cielo todos vieron lo mismo: ¡La flota había quedado reducida a tres astronaves!

—¡Loado sea Dios! —susurró Gwen al comprobar que la tripulada por Brent Sprague proseguía su vuelo, si bien bastante retrasada con respecto a la del capitán Ross Quint.

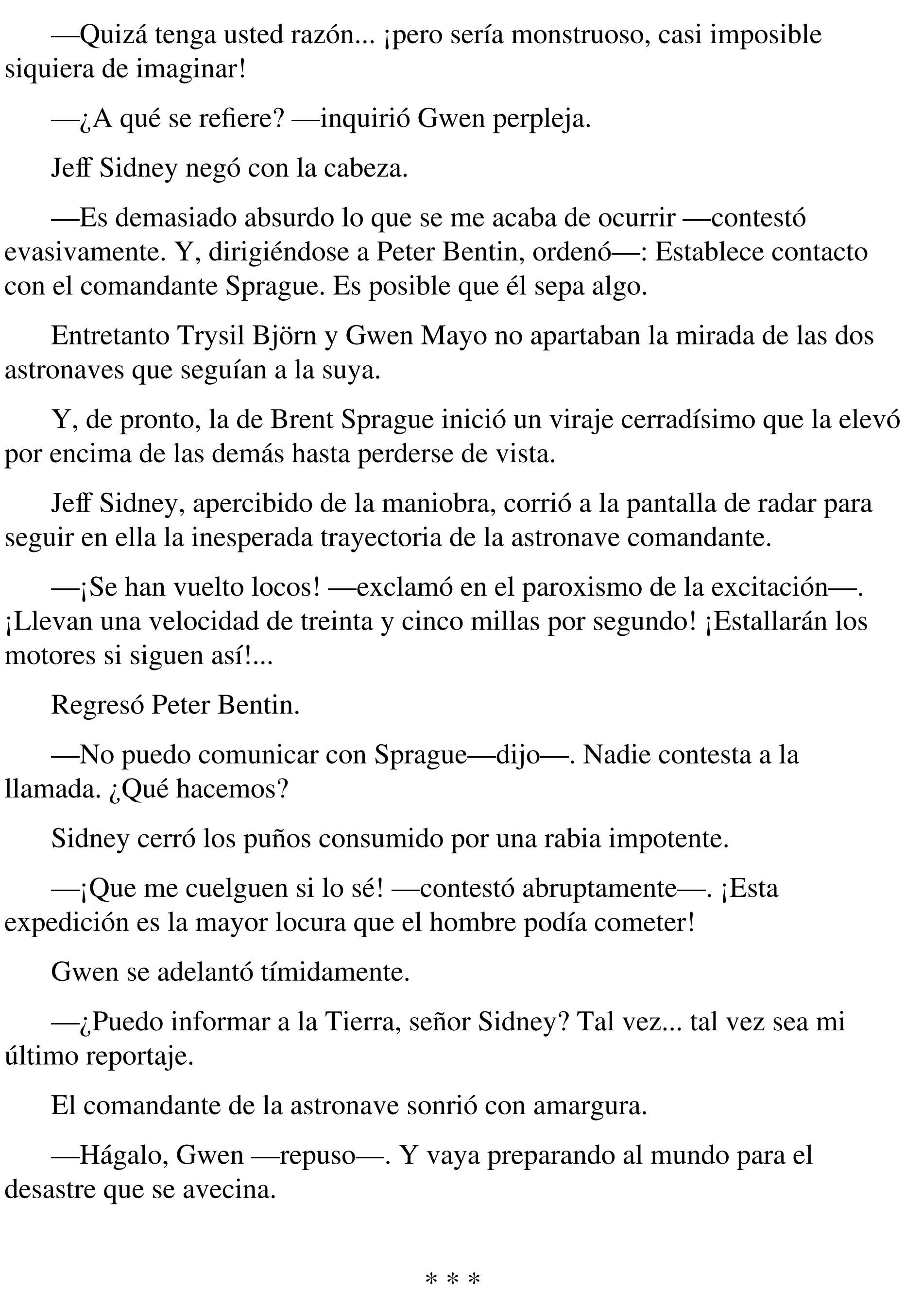
—Esto es un suicidio —comentó Peter Bentin sobrecogido—. La muerte flota en el espacio...

Jeff Sidney asintió. Sus juveniles facciones expresaban el desconcierto y el temor.

—¡Siete astronaves desaparecidas! —exclamó—. Y en cualquier momento nos puede tocar el turno a los demás. Daría veinte años de vida por saber qué les ha ocurrido.

Alf Downy, especialista artillero, se unió al grupo después de haber escuchado en silencio la conversación anterior.

—Realmente es extraordinario —dijo—. Ningún signo exterior puede facilitar el menor indicio aclaratorio. Los instrumentos no han registrado el paso de otras astronaves ni la presencia de gases u objetos extraños. La causa debe radicar en anomalías interiores...



Las pupilas de Sidney reflejaron un súbito fulgor.

—Quizá tenga usted razón... ¡pero sería monstruoso, casi imposible siquiera de imaginar!

—¿A qué se refiere? —inquirió Gwen perpleja.

Jeff Sidney negó con la cabeza.

—Es demasiado absurdo lo que se me acaba de ocurrir —contestó evasivamente. Y, dirigiéndose a Peter Bentin, ordenó—: Establece contacto con el comandante Sprague. Es posible que él sepa algo.

Entretanto Trysil Björn y Gwen Mayo no apartaban la mirada de las dos astronaves que seguían a la suya.

Y, de pronto, la de Brent Sprague inició un viraje cerradísimo que la elevó por encima de las demás hasta perderse de vista.

Jeff Sidney, apercibido de la maniobra, corrió a la pantalla de radar para seguir en ella la inesperada trayectoria de la astronave comandante.

—¡Se han vuelto locos! —exclamó en el paroxismo de la excitación—. ¡Llevan una velocidad de treinta y cinco millas por segundo! ¡Estallarán los motores si siguen así!...

Regresó Peter Bentin.

—No puedo comunicar con Sprague—dijo—. Nadie contesta a la llamada. ¿Qué hacemos?

Sidney cerró los puños consumido por una rabia impotente.

—¡Que me cuelguen si lo sé! —contestó abruptamente—. ¡Esta expedición es la mayor locura que el hombre podía cometer!

Gwen se adelantó tímidamente.

—¿Puedo informar a la Tierra, señor Sidney? Tal vez... tal vez sea mi último reportaje.

El comandante de la astronave sonrió con amargura.

—Hágalo, Gwen —repuso—. Y vaya preparando al mundo para el desastre que se avecina.

* * *

Con una fantástica rapidez de reflejos, Sprague desenfundó su «paralizador» y disparó repetidas veces. La ensangrentada barra que flotaba en el aire cayó al suelo con estrépito.

Bañado en sudor frío, Brent recapacitó durante unos instantes sobre el increíble hecho que había tenido lugar. Ahora comprendía, aunque de un modo vago e incorrecto, la desintegración de las tres naves de su escuadrilla. El enemigo no venía de fuera, sino que les había acompañado desde que las naves despegaron en la Tierra. Se maldijo entonces por no haber tomado la elemental precaución de efectuar un registro por medio de vaporizaciones, como en una ocasión hiciera el presidente Matson en su propio despacho. Sintió erizársele el cabello al pensar que a lo largo de todo el viaje habían sido objeto de una vigilancia implacable por parte de aquellos alucinantes individuos extraterrenos. Otro pensamiento aterrador tomó cuerpo en su cerebro: ¡Las restantes astronaves de la flota llevarían a bordo el respectivo «invisible» dispuesto a llevar a cabo su labor aniquiladora! Y en una de ellas iba su prometida Gwen...

Llamó a los restantes miembros de la dotación. Un tanto repuesto de su nervosismo relató lo ocurrido. La visión del cadáver de Ray Lemont produjo una consternación imposible de describir.

Sigurd Krögen se agachó y tanteó el suelo tratando de hallar el cuerpo del inmaterial agresor. Su rostro se contrajo en una mueca de repulsión al tocar la fría y resbaladiza superficie del monstruo. Se incorporó limpiándose los dedos en el «sweater» de fibra plástica.

—No hay duda —dijo—; está ahí... ¿Tenemos colorantes, Sprague?

Brent enfundó el «paralizador».

—No —contestó—. Pero supongo que podremos arreglamos con un par de libras de «grasa pesada». ¿Quiere traerle, Ridbleton?

Al cabo de unos minutos, el cuerpo del «invisible» se reveló bajo la capa de substancia oleaginosa destinada a los fines lubrificantes de la astronave. A diferencia de aquellos capturados por Sigurd Krögen y Sprague, el que ahora aparecía a la vista era de menores dimensiones y cabeza más alargada.

Piero Marcusse le auscultó con el oído.

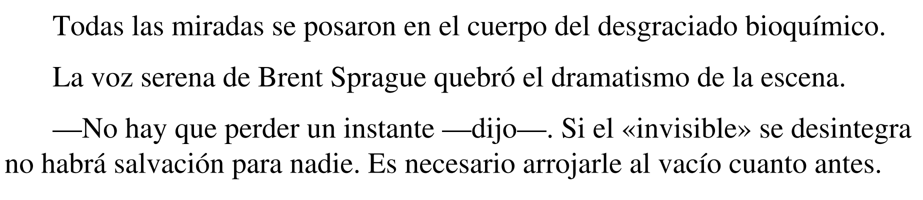
—Prácticamente está muerto —declaró tras el breve examen—. La emisión concentrada de rayos radioactivos todavía no le ha matado pero el corazón dejará de latir de un momento a otro.

Es increíble la capacidad de resistencia de estos seres. ¿Cuántos disparos le hizo, Sprague?

—Seis: una carga completa.

—El doble de lo que uno de nosotros soportaría —siguió diciendo Marcusse—. Bien, ¿y qué hacemos con él?

—Mejor diríamos, ¿qué hacer con los dos? —intervino Ridbleton con lúgubre acento—. El pobre de Lemont también cuenta.



Todas las miradas se posaron en el cuerpo del desgraciado bioquímico.

La voz serena de Brent Sprague quebró el dramatismo de la escena.

—No hay que perder un instante —dijo—. Si el «invisible» se desintegra no habrá salvación para nadie. Es necesario arrojarle al vacío cuanto antes.

—También a Lemont, ¿verdad?—. La pregunta de Piero Marcusse estaba impregnada de tristeza.

—También —contestó Sprague procurando no hacer patente su emoción —. Usted, Ridbleton, desvíe la trayectoria de la nave en un arco de cuarenta y cinco grados al sur para evitar que una posible explosión nuclear haga impacto en el resto de la escuadrilla. Para ganar tiempo imprima la mayor velocidad posible.

Ridbleton asintió y acto seguido se ausentó del compartimiento.

—¿No sería conveniente informar a las demás unidades? —preguntó Sigurd.

Sprague meneó la cabeza en un gesto negativo.

—No hasta que hayamos dado con una fórmula que nos permita enterrar en secreto nuestros compañeros. Obrar a la ligera quizá precipitara los acontecimientos.

Una ligera variación en la estabilidad de la nave acusó la maniobra ordenada por Sprague. Casi inmediatamente, Elmer Ridbleton hizo acto de presencia en la reducida estancia. Lo alterado de su fisonomía dio a entender que algo de suma importancia acababa de suceder.

—¡Cuatro astronaves más han desaparecido! —exclamó. Y las enumeró con cortados medios de expresión.

Las negras pupilas de Sprague centellearon. Sin embargo, no efectuó comentario al respecto.

—Lancen los cuerpos al espacio —ordenó entre dientes—. No olviden amortajar a Ray Lemont con la bandera de la Confederación Mundial.

—¿No quiere estar presente, Sprague? —interrogó Piero Marcusse.

—No puedo hacer todas las cosas que quisiera —replicó airado.

Rápidamente descendió por la escalerilla y fue hasta el fonovisor etérico. El comunicado que facilitó a la Tierra estuvo expresado en una terminología desprovista de sutilezas. En él hacía saber con sobria firmeza que se imponía el regreso, a no ser que el único objeto de la expedición fuera el de agregar quince nombres más a la lista de héroes inmolados en pro de las investigaciones astronáuticas.

La respuesta del general Spatson fue más contundente todavía.

—Mi querido comandante —habló la voz del propio general—: la única flota terrestre de astronaves que quedaba después de la partida de ustedes acaba de ser destruida en su misma base por un ataque alevoso de nuestro enemigo. La salvación de la Tierra depende exclusivamente de usted, Sprague. Seis bombas de cobalto bien distribuidas tal vez sean suficientes. Inténtelo. Es una orden, téngalo en cuenta. Si alguno de ustedes la desobedece será condenado a muerte por delito de alta traición.

Consumido por la ira, Sprague apagó el receptor sin agregar una sola palabra.

Marcusse, Krögen y Ridbleton regresaron de su macabra labor.

—Nos hemos librado de milagro —dijo Ridbleton—. El «invisible» se desintegró cinco segundos después de desembarazamos de él. En medio de todo no nos podemos quejar de la suerte.

Sprague le miró de un modo raro.

—¿Se ha vuelto optimista, Ridbleton? —preguntó mordaz.

El piloto se encogió de hombros.

—Rectificar es de sabios —contestó irónico—. Lo ocurrido a Lemont me ha hecho pensar que nada puede haber tan agradable como reducir a cenizas a ese maldito planeta. Tengo ganas de lucha, comandante; de vérmelas cara a cara con «ellos» y demostrarles que la Providencia no ha hecho de los hombres meros objetos decorativos.

Brent sonrió.

—Intentaremos demostrarlo —dijo—. Endereza el rumbo y reunámonos con nuestros compañeros.

Nuevamente la actividad de Brent Sprague se centró en el fonovisor. Llamó ahora al capitán Ross Quint.

—¿Recuerdas la clave «Wolf-X-3»? —preguntó—. Trata de hacerlo pues voy a decirte algo de suma trascendencia.

El semblante de Quint sonrió en la pantalla.

—Dispensa que me anticipe —replicó—. Descubrimos a nuestro «invisible» y lo arrojamos al espacio no hace ni diez minutos. ¿De eso me querías hablar?

Brent respiró aliviado.

—¡Eres maravilloso, Quint! Ya tenemos ganada la segunda batalla. Ahora sólo falta Jeff Sidney...

—Ya está avisado, también por medio de clave. Probablemente informarán de un momento a otro.

Sin esperar a oír más, Brent intentó establecer la conexión con la astronave de Jeff Sidney.

Pero la llamada no fue atendida.

Invadido por una mortal ansiedad, Sprague acudió al mirador para observar el vuelo del cohete en que viajaba Gwen.

La voz del profesor Marcusse le sacó de su abstracción.

—El método del enemigo es punto menos que infalible —dijo—. No utilizan más arma que la que representa su propia autodestrucción.

Brent asintió en silencio.

—No comprendo lo que ustedes quieren decir —intervino Ridbleton—. ¿Hace el favor de explicármelo, Marcusse?

—En cada astronave se introdujo subrepticiamente un «invisible» —contestó el astrónomo—. Luego cada uno de ellos juzgó el instante oportuno para desintegrarse, arrastrando de este modo en su destrucción a la nave que le conducía. En la última guerra mundial, los japoneses llevaron a cabo procedimientos semejantes; aviones y torpedos suicidas que jamás fallaban el blanco.

—Por lo visto es la única estrategia que conocen los «invisibles» —declaró Ridbleton—. Estrellan sus astronaves contra las nuestras y destruyen matándose...

—La mejor estrategia, mi querido amigo —replicó Marcusse—. Si los terrestres estuvieran revestidos de tan portentosa capacidad para pasar desapercibidos, los «paralizadores» y los ingenios atómicos sobrarían. Con una pequeña carga explosiva en el bolsillo ¿qué objetivo se les resistiría?

Sonó un zumbido proveniente del fonovisor. De un salto. Sprague se colocó junto a él y contestó a la llamada.

Era Jeff Sidney. Una expresión alborozada se reflejaba en sus facciones.

—¡Le hemos capturado! —informó excitado—. ¡Tenemos a un «invisible», Sprague!... ¡Y está vivo!...

Brent arqueó las cejas.

—¡Pero eso es una locura! —contestó angustiado—. ¡No sabéis lo...!

—Aguarda un momento—interrumpió Jeff—; le descubrimos por medio de una vaporización de grasa negra. Y se entregó sin hacer la menor resistencia. Peter Bentin dice que está acobardado y yo creo que tiene razón. Hemos amarrado a nuestro acompañante con cadenas de dos pulgadas de grosor y vamos a intentar hacerle hablar. Peter está ahora haciendo funcionar un amplificador de ultrasonidos para captar sus impresiones. Puesto que esos

tipos entienden los idiomas terrestres es lógico que sepan pronunciarlos. ¿No es maravilloso, Sprague?

—Dile a Gwen que quiero hablar con ella —replicó Brent contagiado de la alegría de Jeff.

El capitán de la nave enlace negó sonriendo.

—Está muy ocupada ahora con su sensacional reportaje. Supongo que podrás disculparla cinco minutos.

Sprague le devolvió la sonrisa.

—Está visto que el amor no cuenta nada para una periodista. Tendremos paciencia, querido Jeff...

CAPÍTULO XII

En su raudo vuelo, las tres astronaves atravesaron las primeras capas de atmósfera del planeta «Muerte». Constituía una particularidad notable que la envoltura gaseosa fuese perfectamente visible, y aún más, reflectora de los rayos solares. La negra oscuridad fue, pues, substituida por difusas claridades que progresivamente se convirtieron en el día natural.

A los ojos de los terrestres el cielo aparecía de una coloración rojiza acorde con el tono mucho más oscuro de los inmensos océanos que cubrían la casi totalidad del globo, y que se revelaban a través de las lentes «Fresnay».

Volaban ahora, bajo los efectos de las naturales leyes de atracción gravitatoria, a una altura media de dos mil yardas por encima de la superficie. Una lluvia constante y compacta azotaba las estructuras de las naves a lo largo de su escudriñador desplazamiento. Era aquel un fenómeno meteorológico que podía calificarse de perpetuo, a juzgar por la uniformidad que abarcaba a todas las zonas. Los mares, embravecidos por indescriptibles borrascas, mostrábanse recortados por variables simas y montículos que rompían entre sí levantando nubes de espuma. Por contraste, las escasas franjas de corteza sólida no ofrecían desniveles apreciables, siendo las costas lisas y desprovistas de rocas o acantilados.

A bordo de su astronave, Brent Sprague comunicó la orden general de que la velocidad fuese reducida al límite, o sea a dos mil quinientas millas por hora.

Acomodada su vista al telescopio dotado con lentes «Fresnay», el joven comandante observaba detenidamente los áridos paisajes tratando de descubrir cualquier indicio de vida. Podían bombardear sí, pero hacerlo al azar era dejar un margen de posibilidades al fracaso que había que evitar a todo trance.

Una impaciencia febril se apoderaba de él por instantes. La llamada de Jeff Sidney se hacía esperar demasiado. Y quizá no diese el resultado apetecido...

Por fin sonó el característico zumbido del fonovisor. Con el corazón latiéndole desacompasadamente Brent manipuló los mandos del aparato hasta que la imagen de Gwen se reflejó en la pantalla.

La voz de ella vibró en el altavoz con patético acento.

—Peter Bentin acaba de revelar la impresión magnetofónica de los ultrasonidos emitidos por el «invisible». Desde luego se entienden bastante bien y permiten formarse un concepto de lo que quiere decir. Es cierto lo que supusimos desde un principio: el monstruo está acobardado; no tuvo valor para provocar la desintegración y ahora suplica que le perdonen la vida. Quiere volver con los suyos. Dice también que la Tierra no podrá librarse de la invasión y que ésta tendrá lugar dentro de las próximas cincuenta horas. La población entera del planeta, amenazada por el inminente desbordamiento de los mares, emigrará a bordo de cuatro mil quinientas astronaves capaces de albergar cada una a más de un centenar de individuos. El primer continente debe estar a punto de partir para la Tierra... Hemos perdido el tiempo, ¿verdad, querido?

Brent reflexionó rápidamente.

—Dile a Jeff Sidney que extorsione al «invisible» hasta que nos lleve al sitio donde están emplazadas las bases de despegue —instruyó—. Obligarle por los medios que sean, no importa si son civilizados o no.

La imagen de Jeff Sidney desplazó a la de Gwen.

—Ya lo hemos intentado, Sprague —contestó exasperado—. Prefiere morir antes que traicionar a los suyos. Incluso le hemos amenazado con someterlo a las torturas del agua. Todo inútil; es terco como una mula. En mi opinión debemos lanzar las bombas antes de que sea demasiado tarde. Mil toneladas de deuterio serán, si no suficientes, sí lo bastante para desencadenar un cataclismo que dificulte o impida la emigración.

Sprague no contestó inmediatamente. Con ademán pensativo se acarició la barbilla.

—¿Cómo navega Ross Quint? —inquirió al cabo de unos segundos.

—Mal —fue la respuesta de Sidney—. Mientras siga mi trayectoria podrá defenderse; pero si por cualquier circunstancia nos vemos obligados a dispersarnos se estrellará indefectiblemente. Es el único de nosotros que navega sin lente «Fresnay»...

Brent se decidió repentinamente.

—Bien. Bombardeemos a ciegas...

—¡Un momento, Sprague! —gritó Ridbleton desde su entreabierta cabina —. ¡Bases enemigas a la vista! ¡A la derecha nuestra veo una cantidad enorme de platillos volantes alineados en formación de despegue!

Sprague abandonó el fonovisor y apartó bruscamente a Ridbleton del telescopio.

Efectivamente, a una distancia aproximada de unas veinte millas veíase difusamente una gran explanada que se internaba en el mar repleta de

artefactos voladores de muy distintas formas y tamaños. A primera vista era difícil calcular el número de ellos pero se adivinaba que pasaban del millar.

Sprague dio orden de cambiar el rumbo. Luego regresó al radioemisor de televisión. Jeff Sidney le aguardaba todavía.

—Lo hemos visto también —dijo aquél—. Tenemos una suerte endiablada, Sprague. Al final nos vamos a salir con la nuestra.

—¡Adelante, muchachos! —alentó Brent alegremente—. ¡Ahora o nunca!...

Acto seguido, Brent comunicó la nueva a Ross Quint y le indicó la posición teórica que debían bombardear.

—Este es un vuelo endemoniado, jefe —replicó Quint—. Debajo de nosotros no vemos más que el cielo. Estoy por pensar que os habéis vuelto locos todos. Jamás he visto un «invisible», ni una de sus astronaves, ni siquiera algo que se le parezca a un planeta. Si no fuera porque mis instrumentos acusan la atracción gravitatoria ya os habría mandado a paseo...

—Conténtate con adivinarlo —replicó Brent burlón—. ¿Tienes alguna duda sobre la posición indicada?

—Infinidad de ellas; pero me guiaré por lo que haga Jeff Sidney.

—¡Okey!... —se despidió Brent con jovial ademán.

A continuación regresó al telescopio. Estaban a punto de alcanzar la base. Alrededor de las escuadrillas pululaban incontables seres cubiertos con extrañas capuchas que los protegían de la lluvia. Era evidente que se disponían a despegar de un momento a otro. Las olas del mar barrían las franjas costeras llegando a rozar incluso a las astronaves alineadas en último lugar.

La emoción embargaba a los terrestres. Después de tantas horas de inquietud y angustia, después de tantos sobresaltos y fracasos culminados por la destrucción de la mayor parte de la flota, ahora tenían el éxito casi al alcance de la mano. Bastaba accionar tres simples dispositivos para que seis bombas de cobalto arrasaran todo signo de vida. Y luego, la radioactividad se encargaría de borrar a los supervivientes del maldito planeta.

La satisfacción creció de punto en las tripulaciones cuando Brent Sprague reveló la cantidad de platillos volantes por él contados. Un cálculo superficial le había dado una cifra de más de cuatro mil, lo que significaba la totalidad de la emigración, ateniéndose por supuesto a la confesión del «invisible» capturado por Jeff Sidney.

—A Dios debemos que no hayamos tenido que buscarlas —comentó Sigurd Krögen—. Ha puesto las astronaves en nuestro camino como un bendito regalo.

—Nunca escuché una verdad mayor —contestó Ridbleton—. Sólo quisiera tener un minuto para...

Una imprecación de Sprague cortó su frase.

—¿Qué ocurre? —inquirió Piero Marcusse adelantándose al coro de preguntas que brotó de todas las gargantas.

Sprague se volvió con la faz pálida como la cera. Tenía las pupilas dilatadas y brillantes.

—¡Vienen en nuestra persecución! —exclamó. ¡No sé si son cien o doscientos!... Imposible presentarles batalla; nos aniquilarán antes de que lleguemos a la base...

La revelación dejó en suspenso a todos. El primero en recuperarse fue Elmer Ridbleton que miró a través del telescopio.

—¡Por Júpiter, que es cierto! —confirmó horrorizado—. ¡Dentro de un minuto los tendremos aquí! ¡Se tirarán contra nosotros y nos destrozarán!... ¿Qué hacemos, Sprague?

—Ross Quint no podrá hacerles frente —intervino Piero Marcusse con su habitual sangre fría. Ordénele que regrese a la Tierra, comandante; nosotros haremos el trabajo...

—Sus bombas son necesarias —replicó Sprague—. Hay que buscar otra solución.

Se sucedió un brevísimo silencio que a todos se antojó una eternidad. De pronto, Sprague comenzó a dar órdenes.

—¡Usted, Ridbleton, remonte verticalmente la astronave hasta una altura de diez millas y comunique a las demás que hagan lo mismo! ¡A toda velocidad aunque estallen los propulsores!

¡Y ustedes, Krögen y Marcusse, pónganse inmediatamente los trajes aisladores de radioactividad y los paracaídas!

En un abrir y cerrar de ojos, Brent se cambió de indumentaria y se ajustó la bolsa conteniendo el paracaídas.

—¿Recuerda, Marcusse la composición de esta atmósfera? —preguntó al astrónomo.

—Nitrógeno, oxígeno, hidrógeno y criptón en proporciones semejantes a la de la Tierra; y un 0,03 por ciento de «gas-litio».

Sprague efectuó un rápido cálculo mental.

—Aproximadamente podríamos subsistir media hora en este ambiente —declaró. Y añadió—: más que suficiente si las cosas salen bien.

—¿Qué pretende hacer? —interrogó Ridbleton saliendo ya de la cabina y poniendo en marcha las magnetos antigravitatorias.

—Un poco de paciencia —recomendó al tiempo que se instalaba ante el fonovisor. Llamó primeramente a Jeff Sidney. Mientras esperaba la contestación preguntó al piloto—: ¿Conservamos la misma distancia entre ellos y nosotros?

—Momentáneamente sí —repuso Ridbleton—. En vuelo vertical parece que les cuesta darnos alcance.

Apareció el semblante desencajado de Sidney en la pantalla.

—¿Es cierto que huimos? —quiso saber. Su voz sonó ronca por el nervosismo.

—Nada de eso —contestó Sprague—. Atiende bien a las instrucciones: arroja tus bombas al mar con la espoleta retardada un par de minutos; luego dirígete a la explanada donde se hallan las astronaves enemigas y aterriza en el lugar más alejado de ellas que encuentres. Esperanos allí. Con ayuda de la lente «Fresnay» trata de ponerte a cubierto del ataque de los «invisibles». Utilizar todas las armas que tengáis a bordo. ¡Mucha suerte, muchachos!... Y dile... dile a Gwen que esta vez no faltaré a la cita.

—Comprendido, Sprague —contestó el capitán enlace—. Ignoro qué es lo que te propones pero tú siempre fuiste un hombre de suerte. ¡Hasta luego!

—¡Un momento, Sidney! —añadió Brent impulsivamente—. Se me olvidaba advertiros que os coloquéis los trajes de emergencia para las emanaciones radioactivas. Seguro que os harán falta.

—De acuerdo, no te preocupes. ¿Nada más?

—Nada más. Corto.

Después, Sprague se puso en contacto con Ross Quint.

—¡Atención, Quint!... Coloca tu astronave detrás de la mía y vuela lo más cerca posible a mí. Pase lo que pase no te desvíes. Vamos a tratar de bombardear el sector oeste de la base enemiga. Yo te avisaré cuándo debes hacerlo—; y a continuación, Brent le hizo la misma advertencia referente a las vestiduras protectoras.

—¿Regresamos a la Tierra después de lanzar las bombas? —preguntó Ross Quint dándolo por cierto.

—No —contestó Brent—. Después nos arrojaremos en paracaídas sobre el lugar exacto donde se habrá posado la nave de Jeff Sidney.

El rostro de Quint se crispó en una mueca de incomprensión.

—¿Te has vuelto loco? ¡Cómo puedes obligarnos a cometer un suicidio!

—Trato únicamente de que nos salvemos todos —contestó conciso Brent —. Corto.

Brent se secó mecánicamente el sudor que perlaba su frente.

—Quizá Quint tenga razón y yo esté loco —dijo—. Pero vosotros me perdonaréis, ¿verdad?

CAPÍTULO XIII

El océano se encrespó como agitado por un millón de tifones y sus olas se levantaron en todas las direcciones produciendo un estruendo que llegó hasta la hermética cabina de la astronave de Brent Sprague.

Este, tenso por el nervosismo, contempló la formación de un gigantesco hongo azulado que se extendió hasta donde alcanzaba la visión del telescopio.

—¡Magnífica la primera parte del programa! —informó a sus compañeros —. El mar invade las costas, tal vez demasiado deprisa para el logro de nuestros planes. Ahora veo la astronave de Jeff Sidney dirigirse hacia la explanada. No sé si podrá librarse de sus perseguidores... ¡Bravo, acaba de derribar a uno!... ¡Otro más, muchachos! ¡Me parece que huyen!...

—¡Cuidado, Brent! —advirtió Ridbleton atento a las evoluciones de multitud de puntos en la pantalla del radar —se aproximan demasiado...

Brent se volvió a Sigurd Krögen.

—¡Dé la orden a Ross Quint para que lance las bombas! ¡Y usted, Marcusse, haga lo mismo con las nuestras!

Medio minuto después estallaban los artefactos atómicos en el borde oeste de la base. Se organizó un caos indescriptible. Densos nubarrones negros ocultaron el objetivo en su totalidad y una serie de sordas trepidaciones comenzó a hacerse notar en el interior de las astronaves.

—¿No queríamos una reacción en cadena? —preguntó Brent exultante de gozo —¡Cada uno de nuestros enemigos «invisibles» sufre ahora las consecuencias derivadas de llevar una cota radioactiva! ¡Su misma defensa les pierde!... Apostaría el cuello a que no sobrevive ninguno.

La llamada del fonovisor sonó apremiante.

Era Ross Quint.

—¡No puedo ver vuestra nave! —exclamó angustiado—. ¡Las nubes de humo cierran toda la visibilidad! ¿Qué hago, Sprague?

Contrariado, Brent se mordió los labios. Sabía lo que ello significaba y se sentía impotente para prevenir los riesgos resultantes de una irreflexiva determinación.

—¡Regresa a la Tierra! —ordenó al fin—. ¡Y buena suerte, Quint...!

—Creo que eso es lo más sensato que ha ordenado usted a lo largo de toda esta misión— dijo Ridbleton.

Sprague le miró fríamente.

—Dios le oiga —contestó—. Póngase en contacto con Jeff Sidney y guíe la astronave hasta el lugar en que se haya posado la de él. ¡Estén todos atentos a saltar! Deberán abrir los paracaídas cuando yo abra el mío... Bueno, esto es un poco difícil de determinar en la caída. Calculen ustedes una altura de cien yardas sobre la astronave de Sidney.

Los cuatro hombres se ajustaron los herméticos cierres de sus capuchas protectoras y, exceptuando a Ridbleton, se agruparon en derredor de la pantalla de radar.

—No sé cómo todavía no nos han dado alcance— murmuró Marcusse observando las cerradas trayectorias de los diminutos puntos negros—. Nos están mordiendo la cola.

—Son un enjambre —dijo Sigurd tratando inútilmente de dominar el pánico—. No quiero ni contarlos. ¿Cree que llegaremos a tiempo, Sprague?

—Quizá sí y quizá no... —Brent se apartó del grupo para ir al mirador. Sólo pudo ver la negra capa de nubes cubriendo el horizonte.

—¡Venga, Sprague! —llamó Ridbleton.

El comandante fue sin demasiada prisa; tal era su desconcertado estado de ánimo.

La astronave de Sidney acaba de posarse en el suelo —informó el piloto —. Véala usted mismo. Hay un pequeño círculo de claridad debajo de nosotros.

Brent obedeció.

—No todas las astronaves enemigas han sido destruidas —declaró después de mirar por el telescopio—. Nuevamente tendremos que dar las gracias a Dios. Bien, Ridbleton; ponga la nave en picado con la proa apuntando a donde está Jeff Sidney. Cuando el altímetro señale los mil

quinientos nos lanzaremos. ¿De acuerdo todos?

Piero Marcusse se acarició la barba.

—No quiero fomentar una rebelión —dijo—, pero me parece que lo que vamos a hacer es una solemne tontería. ¿Serviría de algo una negativa?

Brent desenfundó el «paralizador». En sus ojos brilló un destello significativo.

—Usted saltará el primero —las sílabas salieron de sus labios como escamas de acero incandescente. Pero Marcusse se encogió de hombros sonriendo.

—No pensaba oponerme —contestó filosóficamente.

Los estabilizadores de la cabina rechinaron bajo los efectos del meteórico picado de la astronave.

La voz de Ridbleton sonó estentórea.

—¡Dos mil yardas...! ¿Preparados?

Brent accionó el conmutador que abría la escotilla de proa. Una corriente de aire húmedo penetró en el interior produciendo un estridente silbido.

—¡Adelante, Marcusse! —gritó el comandante—. ¡Ahora usted, Krögen, y usted, Ridbleton...! ¡Ya...!

Los cuatro cuerpos salieron despedidos por el impulso de las respectivas catapultas. Y los cuatro paracaídas se abrieron casi simultáneamente.

Descendieron lentamente en el vacío. Brent Sprague, contuvo la respiración al contemplar el inverosímil espectáculo que se ofrecía bajo sus pies. A través de la lluvia y el humo pudo ver la astronave de Jeff Sidney completamente inmóvil, como suspendida en el espacio, y rodeada por todos los miembros de la tripulación.

Nada podía servir de referencia para fijar su situación, puesto que todo era invisible.

Gwen alzó su brazo en un alborozado ademán de saludo. Era de extrañar que tanto ella como sus compañeros no mostraban el menor síntoma de alarma.

De pronto, el cuerpo de Elmer Ridbleton comenzó a contorsionarse en el aire. Una vez que los demás hubieron concentrado su atención en él, señaló al cielo. Pero nadie más que el piloto tuvo tiempo de presenciar cómo la astronave que instantes antes tripulaban desaparecía fragmentada en mil pedazos.

Un minuto después, los cuatro terrestres tocaban con sus pies el suelo de aquel fantástico planeta. Tras desembarazarse de los respectivos paracaídas

corrieron hacia donde estaba Jeff Sidney y los suyos.

La carrera estuvo revestida de alucinantes efectos, pues añadido a que los ojos de los protagonistas eran incapaces de percibir la superficie que pisaban, la gravedad, diez veces menor que la terrestre, hacía que sus pasos se convirtieran en saltos de cíclope.

Llegaron sin novedad hasta sus compañeros. Brent se desprendió de la capucha y besó apasionadamente a Gwen.

—¡Amor mío! —exclamó como saliendo de un sueño—. ¿Te encuentras bien? ¿No te han herido?

Gwen negó con dulzura.

—Me encuentro maravillosamente —dijo—. Creíamos que nunca llegaríais.

Peter Bentin gritó desde dentro de la astronave.

—¡Ven en seguida, Sprague! Quiero presentarte a nuestro buen amigo Jeremías.

Brent acudió a la llamada. Se detuvo en el umbral, sobrecogido por la repulsión, al ver a un «invisible» recubierto de grasa negra y encadenado a un asiento. Cerca de él había un amplificador de sonidos y un magnetófono.

Vencida la repugnancia, una exclamación de júbilo brotó de su garganta.

—¡En ésto basaba nuestra salvación! Quítale las cadenas, rápido...

Bentin enarcó las cejas intrigado. En aquel momento penetró Jeff Sidney.

—¿Qué quieres hacer con él? —interrogó no menos perplejo que el piloto.

Sonaron cerca varias explosiones que hicieron retemblar el suelo de la astronave.

—¡Quitarle las cadenas inmediatamente! —ordenó Brent apremiante. En su diestra relucía un «paralizador Yale».

Peter Bentin obedeció sin rechistar. El «invisible» se levantó pesadamente estirando sus miembros superiores. Jeff y el piloto retrocedieron cautelosamente.

Por el contrario, Brent permaneció inmóvil apuntándole con el arma.

—Escucha, Jeff —se dirigió a su compañero sin volver la cabeza—; pon en marcha el amplificador y el magnetófono. Quiero oír la contestación del amigo Jeremías.

Volvieron a oírse las explosiones, esta vez mucho más cercanas.

Brent clavó su mirada en el monstruo.

—Quienquiera que sea usted, vamos a considerarle como un amigo ofreciéndole una oportunidad de salvarse y convivir con nosotros en la Tierra. Si se niega a colaborar le mataré ahora mismo. ¿Quiere conducimos a una de sus astronaves y llevarnos a la Tierra?

Una voz meliflua y casi ininteligible surgió del amplificador.

—Acepto... Les... les conduciré... a su mundo.

—¡En marcha, pues! Echale una lona por encima, Bentin. Y tú, Jeff saca del telescopio la lente «Fresnay».

Las órdenes se cumplieron en el transcurso de breves segundos. El grupo de los terrestres corrió en pos del «invisible». El suelo trepidaba fuertemente y la lluvia les azotaba con un ímpetu temible.

Por fin se detuvo el «invisible». Sprague y los suyos tantearon para convencerse de que, efectivamente, se hallaban ante una de las astronaves enemigas. Pero fue Bentin quien hizo el descubrimiento. Nadie había advertido que a través de la lente «Fresnay» podía localizarse fácilmente el objeto buscado. Gracias a la misma púdose ver el solitario interior de la astronave.

El «invisible» se sentó a los mandos del complicado engranaje de los motores y puso éstos en marcha. Con un gesto les indicó los lugares que debían ocupar.

—Quiera Dios que se porte decentemente —murmuró Trysil Björn.

—Todos vamos embarcados en el mismo bote —replicó Sprague amenazador. Y añadió con significativo acento—: Alguien morirá antes que nosotros.

La astronave despegó con meteórica aceleración. El perfecto acondicionamiento de la misma hizo que apenas se notara la maniobra.

—Sujétense bien los yelmos —dijo Sprague—.

Este ambiente enrarecido nos mataría antes de media hora.

La lente «Fresnay» pasó de mano en mano durante un buen rato. Era la única forma de saberse dentro de una nave. La sensación que experimentaban era idéntica que si fueran sentados en el aire. No existían las paredes, ni los objetos. Y dentro de muy poco tiempo, la oscuridad les envolvería totalmente. Ni la mente más alucinada hubiera podido sospechar que tal cosa podía suceder...

La última mirada a aquel mundo derrotado la dirigió Brent Sprague. El cataclismo nuclear provocado por las seis bombas de cobalto habían desbordado los mares y ya las franjas de corteza sólida comenzaban a desaparecer bajo las rojas aguas. La atmósfera aparecía impregnada de una

violácea tonalidad indicadora de la radioactividad que convertiría para siempre al planeta «Muerte» en el cementerio de los seres más absurdos que el Universo conociera.

La orden del general Spatson había sido cumplida.

EPÍLOGO

El «invisible» se suicidó apenas la astronave tocó tierra firme —dijo Sprague al general Spatson—. Prefirió sucumbir a sentirse traidor y convivir con unas gentes que jamás le comprenderían. Es difícil explicarse su obediencia hasta ese momento. A no ser que comprendiera la inutilidad de sacrificar a un grupo de terrestres cuando ya todo estaba perdido para ellos. Debió ser esa la causa. Es cruel imaginar que entre todos los de su raza no hubieran individuos capaces de albergar sensatos sentimientos. Aquí en la Tierra, el enemigo derrotado da la mano a su adversario.

—Sea esa o no la explicación, ya no nos incumbe —repuso el general sonriendo ligeramente—. Lo que sí me interesaría saber, y probablemente a todo el mundo, es cuál fue la razón de que eligiera usted semejante medio de locomoción para regresar. ¿Por qué no lo hicieron a bordo de sus astronaves?

—Hay varias razones fundamentales. La primera de ellas es que nuestras astronaves eran infinitamente menos veloces que las de nuestros enemigos. Y recuerde que éstos nos perseguían implacables. No hubiéramos conseguido volver. Ya ve lo que le ocurrió a Ross Quint; le dieron alcance apenas inició el viraje que le ordené. A nosotros nos hubiera pasado lo mismo; lo comprendí cuando comprobé que ellos eran capaces de volar a cincuenta millas por segundo. La única estratagema posible era colarse entre las nubes y desaparecer de su vista. Confieso que fue una locura confiarse al «invisible» capturado por Jeff Sidney, pero ya sabe usted el refrán: «Preso por uno, preso por mil». Tanto daba morir de una manera como de otra. Todo aconteció según nuestros planes; el enemigo nunca pudo sospechar que íbamos a huir en una de sus propias astronaves.

—¿Y las otras razones? —preguntó Spatson.

Brent esbozó una amplia sonrisa.

—Quería entregarle a usted una astronave invisible.

El general se levantó y tendió su diestra a Sprague.

—Es usted un gran hombre —dijo—. Poco vale mi felicitación, pero acéptela como anticipo del premio que recibirá usted dentro de muy pocos días. ¿Le interesa el cargo de vicepresidente de la Confederación Mundial de Naciones?

Brent no supo qué contestar. Pero aceptó...

* * *

—Sigurd y Trysil serán los padrinos de nuestra boda —dijo Brent a su prometida. Ambos paseaban por los jardines del «South Park» bajo la tenue claridad lunar—. Y disfrutaremos nuestras vacaciones en cualquier isla del Pacífico.

Gwen esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Temes todavía a los «invisibles»? —preguntó.

—Prácticamente han acabado con ellos —repuso él—. Pero por si acaso... ¿Sabes que tengo miedo?

Se echó a reír ella.

—Suena a chiste en tus labios. Nadie ignora que eres el hombre más valiente de la Tierra.

—Te hablo en serio, Gwen. Esta mañana me ha ocurrido otra de aquellas cosas raras; algo que todavía no acabo de creer...

—¿Sí? —el sobresalto asomó al rostro de la muchacha —¿Y qué es ello?

—Asómbrate. Spatson me ha elegido para vicepresidente de la Confederación Mundial de Naciones...

—¡Pero, Brent! ¡Si eso es maravilloso!... No puedes imaginarte el susto que me has dado.

—Te debo, pues, una compensación. Mírame a los ojos, amor mío.

Gwen obedeció sumisa. Y Sprague la besó...

No era mala compensación, al fin y al cabo.

FIN

Cuando Jesse Carnot perdió el conocimiento, en el jardín de su casa, estaba muy lejos de pensar que despertaría

MAS ALLA DE PLUTON

Este es el título de la última novela del

PROFESOR HASLEY

cuyo desconcertante planteamiento intriga y emociona, prendiendo al lector desde el primer instante

MAS ALLA DE PLUTON

es una nueva aventura del espacio donde contrasta la pequeñez del hombre con la inmensidad de su terrible aventura.

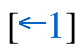
Próximamente será publicado en la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas.

Notes



Cuerpo policíaco afecto a la delincuencia científica. Fue creado en el Año Geofísico (1957-1958) y su Cuartel General radica en el Pentágono Norteamericano.

[←2]

«El señor ratón prometió de pronto...
«Alegó las delicias del baño,
«La curiosidad, el placer del viaje,
«Cien rarezas que hay que ver a lo largo del...»



En 1968 se adoptó el nuevo sistema horario internacional por el cual comenzó a regir la hora simultánea* en todos los países. **Evidentemente es absurdo lo de un horario simultaneo internacional. Debido a la redondez y rotación de la tierra, hay entre Noruega y Chicago, USA, unas -7 horas de diferencia. Imposible que sea de madrugada en esos dos lugares a la vez. (Nota del Corrector)*


[←4]

Las fuerzas que se generan por aceleración se expresan en unidades de peso normal del sujeto. Ejemplo: si una persona está sentada en una silla se dice que se halla a una «gravedad» (1. g.)